

PEDRO MUÑOZ SECA

4753

Floriana

JUGUETE CÓMICO EN CUATRO ACTOS

DE LOS SEÑORES

BERNARD y ATHIS

Adaptado á la escena española



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

—
1907



A Juan Bonafé, gratissimum actus
aplaudibilis in amicos mundos, u
amigo agraduio

P. Munoz

FLORIANA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

FLORIANA

JUGUETE CÓMICO EN CUATRO ACTOS

DE LOS SEÑORES

BERNARD y ATHIS

adaptado á la escena española

R

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid, la
noche del 4 de Diciembre de 1907



MADRID

R. Velasco, impresor. Marqués de Santa Ana, 11.

Telefono numero 551

—
1907

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MERCEDES.....	SRTA. ORIA.
VIRGINIA.....	SRA. QUILJADA.
CEFERINA.....	MARTÍNEZ.
LUCILA.....	PAREJO.
ELENA.....	SRTA. PÉREZ DE VARGAS.
NEMESIA.....	SRA. LASHERAS.
JUANA.....	SRTA. CARBONE (A.)
CONSTANTINO.....	SR. RAMÍREZ.
ALBERTO.....	GONZÁLEZ.
PELÁEZ.....	MENDIGUCHÍA.
GUSTAVO.....	VIGO.
BERMÚDEZ.	VILCHES.
AMBROSIO.....	BONAFÉ.
RAMIRO.....	MOLINERO.
NARCISO.....	CATALÁ.
SÁNCHEZ.....	GARCÍA LEONARDO.
COMANDANTE.....	CONTRERAS.
EVARISTO.....	CALVO (L.)

La acción en Madrid.—Epoca actual

NOTA. El papel de *Bermúdez*, puede ser hablado con marcado acento catalán, ó en andaluz. Queda este detalle encomendado al criterio del actor que lo desempeñe.



ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de doña Ceferina. Puertas en el fondo y en cada lateral. En la izquierda primer término, chimenea, y entre esta y la puerta, una consola. Mesa redonda en el centro, butaca á la izquierda y sofá á la derecha. En el fondo, baules y maletas abiertas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CEFERINA y NEMESIA

CEF. (Junto á la mesa del centro cierra una cajita y la ata con una cuerda. Esta Ceferina es una señora de cincuenta años, de carácter alegre, de temperamento nervioso y de figura agradable.)
(Canturreando.)

El lago azul
que tu cuerpo bañó...

No sé dónde guardar el reloj que no se rompa. (Va á guardar la cajita en uno de los baules, en el momento que se entreabre la puerta del fondo y Nemesia conduciendo una cesta con crisantemos, hace esfuerzos por entrar. La puerta, que estará obstruida por algo, no cede.) ¡Mujer! ¡Por Dios! Que vas á estropear esas flores. Espera. (Abre de par en par.) El día menos pensado, vas á querer entrar por el ojo de la cerradura. (Examinando las flores.) ¡Dios mío, pero qué flores tan her-

- mosas! Ponlas aquí encima. (Por la consola. Nemesia permanece quieta y alarga el cuello. Entre los dientes trae un sobre.) ¿Eh? ¿Qué es eso?
- NEM. (Hablando entre dientes.) Un prospecto que acababan de subir.
- CEF. Pues sí que lo traes de un modo original, entre los dientes, sistema canino. Eres lo que no hay. (Toma el sobre y lo abre. Nemesia pone la cesta sobre la consola.) ¿Y llamas prospecto á los recortes de la prensa? Veo que en vez de civilizarte estás más cerril cada día. (Leyendo la tarjeta que acompaña á la cesta.) «A nuestra encantadora y sublime Floriana, los autores agradecidos». ¡Anda! ¡Encantadora, sublime! Qué contenta se va á poner cuando lo sepa.
- NEM. ¿Es hoy por un casual el santo de la señorita Mercedes?
- CEF. No, mujer, no seas acémila.
- NEM. Como le hacen ese regalo...
- CEF. ¿No sabes que anoche se despidió del público de Madrid, después de una brillantísima campaña? ¡Estas en Belén! Toma, da estos cuartos á la persona que haya traído las flores y déjame en paz: no te necesito. (Nemesia toma las perras que Ceferina le da y hace mutis por el fondo.)

ESCENA II

CEFERINA y VIRGINIA

- CEF. (Ojeando los recortes.) A ver qué dicen los recortes. ¡Ah! Son las notas que Ambrosio envía á los periódicos de provincias preparando nuestra *tournee*. (Leyendo) «*Los últimos ultrajes*.—El éxito más asombroso de los tiempos modernos». Este Ambrosio sabe hacer bien las cosas. (Llaman con los nudillos á la puerta de la derecha.) Adelante. (Virginia asoma la cabeza.) ¡Ah! ¿Eres tú?
- VIR. ¿Puedo entrar, tía Ceferina?

- CEF. Claro, mujer: no sé á qué viene esa oficiosidad de pedir permiso á todas horas: pareces tonta.
- VIR. Como con frecuencia hay actores y...
- CEF. Naturalmente; compañeros de mi hija, amigos de mi hija, admiradores de mi hija; no creo que te vayan á comer.
- VIR. Ya lo sé, pero, no creo á mi vez, que esa sociedad sea conveniente para una joven.
- CEF. ¿Para qué joven?
- VIR. Para mí.
- CEF. ¡Ah! (Esta Virginia está muy próxima á cumplir los cuarenta años y es fea hasta producir dolor de cabeza.) No: como conservarte... te conservas muy bien; desde que vives con nosotras y comes todos los días, has engordado y estás casi guapa.
- VIR. ¡Por Dios, tía!... (Con cierto rubor.)
- CEF. Aún confío en verte casada. (Virginia suspira lánguidamente.) Quién sabe si de este viaje por provincias... resultará algo.
- VIR. Con ser á ustedes de alguna utilidad durante él, me daré por muy satisfecha. ¡Cuánto tengo que agradecer á usted, tía Ceferina! Si usted no me hubiese recogido en su casa, no sé lo que hubiera sido de mí. ¡Sola en el mundo! Expuesta al engaño, á la seducción...
- CEF. Sobre todo á la seducción: porque hay hombres capaces de todo, Virginia. (Virginia vuelve á suspirar lánguidamente. Ceferina sofoca la risa.) (Es tonta de remate.)

ESCENA III

DICHAS y NEMESIA

- NEM. (Por el fondo.) Hay un señor que pregunta por la señorita Mercedes.
- CEF. Será Bermúdez.
- NEM. No; aquí dice... (Mira la tarjeta que trae.)
- CEF. ¿Pero te ha dado tarjeta? Trae acá, mujer. (Toma la tarjeta y lee.) «Alberto Pachón. (Muy

contenta.) ¡Dios mío! ¡Alberto Pachón, el antiguo novio de Mercedes!

- VIR. ¿Eh?
CEF. ¡Qué alegría!
VIR. ¿Pero va usted á recibirle?
CEF. ¡Naturalmente!
VIR. ¿Estando Mercedes casada?
CEF. ¡Ya lo creo! ¿Tiene algo que ver una cosa con la otra? ¡Vamos! Con lo que se han querido, y después de siete años sin verse... (A Nemesia.) Que pase ese caballero. (Nemesia hace mutis por el fondo.) Ya verás qué alegría tan grande la de mi hija; anda, vé á comunicarle la grata nueva. Vistiéndose está. (Medio mutis.) ¡Ah! Llévale esto. (Le da los recortes de la prensa) Daté prisa.
VIR. (Haciendo mutis por la derecha.) Corriendo.

ESCENA IV

CEFERINA y ALBERTO

- ALB. (Por el fondo.) ¡Mi querida doña Ceferina!
CEF. ¡Amigo Alberto!
ALB. (Abrazándola.) ¡Un abrazo! ¡Caramba! Pero qué bien se conserva usted; por usted no pasan los días.
CEF. No tanto, hombre.
ALB. ¿Qué satisfacción tan grandel ¿Y Mercedes?
CEF. Buena.
ALB. ¡Caramba! Pero si no me canso de mirar á usted... parece usted más joven. Hasta más guapa.
CEF. ¡Exagerado!
ALB. ¡Y ni una cana! Veo que sigue usted tiñéndose el pelo escandalosamente. (Ríen.)
CEF. Vamos, siéntese, siéntese y no empiece con sus bromas.
ALB. Como para bromas vengo yo.
CEF. ¿Eh?
ALB. (Con seriedad cómica.) ¡Mala madre!
CEF. (Riendo.) ¡Hola!

- ALB. Sí; mala madre; ha consentido usted que Mercedes se case con ese Conde ruso, de los demonios, sin acordarse del infinito cariño que yo la profesaba; mejor dicho, que nos profesábamos. ¡Oh! No lo olvidaré jamás.
- CEF. (Riendo.) Pero amigo Alberto...
- ALB. Y todo por el maldito interés; por ser madre de una condesa.
- CEF. Y de una condesa rica.
- ALB. ¡Qué humanidad!
- CEF. Por Dios: no se ponga usted lúgubre.
- ALB. Fué una ráfaga; ya estoy tranquilo. (Ceferina ríe.) Oiga usted; ¿está en Madrid ese envidiable Conde?
- CEF. Quiá; está en Rusia.
- ALB. ¿En Rusia? No me lo explico; es decir; si me lo explico: á juzgar por las apariencias, es hombre de pocos escrúpulos; vamos, de conciencia amplia, elástica... flexible.
- CEF. ¿Por qué?
- ALB. ¿Le parece á usted poco? ¡Casarse con una mujer de teatro y permitir que...!
- CEF. Nada de eso: el Conde ignora que Mercedes sea y haya sido actriz.
- ALB. ¿Que lo ignora?
- CEF. Cuando se enamoró de ella, le vimos tan decidido á casarse, que creímos prudente no decirle nada del particular.
- ALB. ¡Demonio!
- CEF. Y como mi hija había adoptado el nombre de Floriana para figurar en los carteles...
- ALB. El Conde ignora que Mercedes y la simpática Floriana, son una misma persona.
- CEF. Naturalmente.
- ALB. ¡Magnífico! Pero, oiga usted: ¿cómo desconoce que...?
- CEF. Está en Rusia...
- ALB. ¿Y no temen ustedes que el mejor día regrese á España y...?
- CEF. No puede. Le está prohibido.
- ALB. ¿Por el médico; acaso el clima...?
- CEF. Por la policía.
- ALB. ¿Eh?
- CEF. Está desterrado de España.

- ALB. ¿Desterrado? ¿Qué me está usted diciendo, doña Ceferina? Si esto parece cosa de novela. ¿Qué ha hecho ese hombre?
- CEF. A derechas, no lo sé; un artículo insultante, un grito subversivo, una conspiración... qué sé yo; lo cierto es que estuvo detenido y procesado y que por último le impusieron esa pena.
- ALB. ¿Pero antes de casarse?
- CEF. No; después; á los seis meses de casado; ¡ah! No sabe usted cuánto he padecido. Mi pobre hija ha sufrido las consecuencias del destierro y ha permanecido en Rusia seis años. ¡Seis años separada de mí!
- ALB. ¡Válgame Dios!
- CEF. No sé cómo he podido sobrevivir á tan dolorosa separación.
- ALB. Lo creo.
- CEF. Cuantas combinaciones ideé para hacerla volver á España, fracasaron. Si no hubiera sido por Ambrosio...
- ALB. ¿Qué Ambrosio?
- CEF. El director del teatro de «Las fantasías Modernas.»
- ALB. ¡Ah!
- CEF. Un antiguo amigo que quiere á mi Mercedes, como si fuese su hija.
- ALB. ¿Quién sabe!
- CEF. ¿Eh?
- ALB. Digo, que acaso le conozca.
- CEF. ¡Ah! Es un hombre muy popular.
- ALB. ¿Y ese Ambrosio...?
- CEF. Sí; para librarse de la bancarrota, porque á su teatro no iban más que los vales y las familias de los acomodadores, ideó hacer la *reprise* de *Los últimos ultrajes*, aquel melodrama que estrenó Mercedes hace siete años con tanto éxito.
- ALB. ¡Oh! ¡Le recuerdo!
- CEF. Como es natural, deseó que mi hija lo repasara, tanto más cuanto que los autores habían añadido á la obra una escena de violación, que era de un gran peligro para la actriz.

- ALB. Naturalmente.
CEF. Vino á verme, me hizo proposiciones, y yo, la verdad, las trasmití á Mercedes en la inteligencia de que era perder el tiempo. Pero mi hija, sintió renacer en su espíritu la llamarada del arte y me mandó decir por telégrafo que fingiera una grave enfermedad, que no fuera contagiosa, porque de serlo, no le permitiría el Conde ausentarse, y que de ese modo, podría satisfacer mis deseos y los de Ambrosio.
- ALB. ¡Magnífico! Y usted...
CEF. Aquel mismo día me sentí atacada de una enfermedad nerviosa tan horrenda, que llevo tres meses en cama. (Ríe.)
- ALB. ¡Portentoso! ¡¡Magnífico, hombre, magnífico! Lo que no se le ocurre á una mujer, no se le ocurre á nadie.
- CEF. ¿Qué le parece á usted?
ALB. Me parece que á Mercedes debe importarle muy poco el Conde ruso; porque á juzgar por su conducta...
- CEF. Todo lo contrario. Desde aquí continúa siendo la mujercita cariñosa, la condesita soñadora y entusiasmada de su marido; diariamente le escribe cartas extensísimas exponiéndole mil detalles de mi peligrosa enfermedad; le cuenta las medicinas que me recetan, los alimentos que tomo, las duchas que recibo al cabo del día, qué sé yo lo de cosas...
- MER. (Dentro.) ¡Mamá!
CEF. Ahí la tiene usted.
ALB. (Levantándose.) ¡Gracias-á Dios!

ESCENA V

DICHOS y MERCEDES

- MER. (Por la derecha.) ¡Alberto!
ALB. (Saliendo á su encuentro y medio abrazándola.) ¡Mercedes!
MER. ¡Siete años sin vernos!

- ALB. (Contemplándola entusiasmado.) ¡Y qué hermosa huella han dejado en tí!
- MER. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡El simpático Alberto! (Advirtiendo sobre la consola la cesta de flores.) ¡Hola! Y noto que sigues tan galante como siempre. ¡Qué hermosos crisantemos! (Se acerca y los mira.) No has olvidado que son mis flores favoritas.
- ALB. (Algo confuso.) Sí, no; es decir... nó... no son las mías. Las mías las recibirás un poco más tarde.
- MER. (Leyendo la tarjeta.) ¡Ah! Es regalo de los autores. (Leyendo.) ¡Sublime! Nada menos que sublime.
- CEF. Bueno: aquí dejo á ustedes; voy á terminar el equipaje, porque no hay mucho tiempo que perder. (vase.) Dónde demonios pondré este reloj que no se rompa.

ESCENA VI

ALBERTO y MERCEDES

- MER. Conque vamos á ver, querido Alberto, cuéntame algo; qué es de tu vida, qué ha sido de tí durante tanto tiempo.
- ALB. Tú eres la que tendrás mil cosas que contar; has estado en Rusia seis años.
- MER. ¡Ay, qué seis años Alberto! ¡Qué aburrimiento tan espantoso! Privada de mi vida, de mis aficiones, de mis gustos. Era demasiado. Mi marido me quiere mucho, es verdad, es buenísimo conmigo, merece todo mi cariño y toda mi consideración, pero créeme, de seguir allí, me hubiera muerto de hastío, de nostalgia. Comprendo que lo que ahora hago no está bien hecho, pero... puesto que no ha de enterarse, viviré estos días la vida que más entusiasmo, que me seduce, y recobraré fuerzas para resistir luego con más energías el aburrimiento aplastante del hogar.
- ALB. De manera que en todo el transcurso de seis

años, no has hecho más que aburrirte y aprender el ruso.

MER. Quíá; ni aun eso; soy muy torpe para las lenguas; mi marido es el que ha aprendido el español, pero con una particularidad que me hace reír muchísimo; figúrate, que para ejercitarse ha leído muchas obras españolas, pero obras antiquísimas, no sé de qué siglos, y resulta que habla un castellano tan extravagante que hace reír (Alberto ríe.)

ALB. ¡Qué suerte ha tenido ese demonio de Conde!

MER. ¿Por qué?

ALB. Porque... ¡Mira que estás bonita!

MER. ¡Chit! Se acabaron los piropos, y vete acostumbrando á no tutearme: soy una mujer casada.

ALB. ¡Casada! ¡Cada vez que lo pienso!.. (Se sientan.)

MER. Mucha formalidad, ¿eh?

ALB. ¿Te acuerdas de cuando éramos novios?

MER. ¡Qué chiquillada!

ALB. Verdad: tú no eras más que eso, una chiquilla; yo, un platónico, un imbécil.

MER. Veo que te lo dices todo.

ALB. Si ese condenado ruso no se hubiera interpuesto en nuestro camino, acaso ahora seríamos felices; pero el interés... ¡El maldito interés! ¡Oh! No puedo con las personas interesadas.

MER. Bueno, doblemos la hoja; hablemos de tí. ¿Te has casado?

ALB. (Después de un gran esfuerzo.) Sí.

MER. ¿Enamorado? ¿Un matrimonio de amor?

ALB. (Tras otro gran esfuerzo.) No.

MER. ¿De dinero?

ALB. Me he casado con sesenta mil pesetas de renta.

MER. ¿Estás viendo? Has hecho bien, muy reque-tebién. No hay más remedio, hijo; la vida es cara y hay que defenderse. Escucha: ¿qué tal es tu mujer? (Alberto calla.) ¿Es bonita? (Alberto silba.) ¿Es agradable?

ALB. Es... un sargento de artillería con cañón y todo.

- MER. ¿Y te quiere?
ALB. ¡Sí, hija, sí! ¡Me quiere! Eso es lo horroroso, me quiere con locura infinita. Para verme libre de ella necesito recurrir á mil argucias, á mil cábalas. ¡Qué días paso, Mercedes, qué días paso! ¡Y si siempre fuera de día!...
- MER. ¡Válgame Dios!
ALB. ¡Puedes compadecerme!
MER. ¿Y continúas trabajando como abogado?
ALB. No: he cometido la estupidez de ingresar en la carrera judicial: soy juez.
- MER. ¿Juez?
ALB. Una calaverada que pago á buen precio; pero á mi mujer le gusta la carrera y no puedo dejarla. Vivo en provincias, sin distracción de nign género, lleno de preocupaciones...
- MER. ¡Pobre Alberto!
ALB. Entre mi mujer y los procesos estov pasando en Albacete la vida más horrible que que puedes imaginarte.
- MER. ¡Cómo! ¿Pero es en Albacete donde estás?
ALB. Pues mañana trabajamos allí.
- MER. Si; lo sabia; los periódicos de allá han anunciado la *tournée*, y por ellos he sabido tu vuelta al teatro. Desde el día que lo supe no pensé más que en venir á verte. He pasado ocho días combinando un asunto de servicio para venir á Madrid sin Lucila.
- MER. ¿Se llama Lucila tu...?
ALB. Sí: mi sargento se llama Lucila. ¡No tienes idea de las amarguras que he sufrido para poder venir, porque mi mujer es celosa y desconfía de mí siempre!
- MER. Con haber esperado allá...
ALB. ¡Imposible! En Albacete me conoce todo el mundo, allí todo se comenta, todo se critica, y un juez no puede hacer ciertas cosas. Yo quería verte á solas, (Tomándole una mano.) como ahora estamos, sin que nadie nos moleste, sin que...

ESCENA VII

DICHOS y NEMESIA

- NEM. (Por el fondo.) No es nadie: soy yo.
MER. ¿Qué ocurre?
NEM. Un señor que desea pasar.
MER. ¡Ah! Será Bermúdez.
NEM. No, señora; este no es Bermúdez: es un señor que se llama... se llama..
MER. (A Alberto.) ¡Es de lo más cerril!..
NEM. ¡Ah! Ya sé; Peláez.
ALB. ¡Cómo! ¿Peláez?
MER. ¿Le conoces?
ALB. Ya lo creo; como que es á mí á quien busca.
MER. ¿A tí?
ALB. Sí. Ahora te explicaré. (A Nemesia.) Ruegue usted á ese señor que aguarda un momento. (Nemesia hace mutis.)

ESCENA VIII

ALBERTO y MERCEDES

- ALB. Nada, no me engañé, era el mismo que ví bajar del tren: y por lo visto ha seguido mis pasos: creerá que vivo aquí.
MER. Pero, ¿quién es ese Peláez?
ALB. Un tipo muy gracioso: un señor de Alcabete á quien hice un favor inmenso. El pobre estaba procesado como autor de un delito que no había cometido: todos los detalles le comprometían, todo le acusaba, cualquiera le hubiera creído autor de aquel crimen.
MER. ¡Jesús!
ALB. Yo tuve la habilidad de desenrollar la madeja y de encontrar al verdadero culpable y de poner en libertad á ese pobre hombre, pero más me valiera no haberlo hecho.
MER. ¿Por qué?
ALB. Porque no me deja vivir. Es un exaltado,

un neurasténico, un loco que me ha jurado gratitud eterna, y me asedia, me persigue con la constante manía de hacerme favores á todas horas.

MER.

¡Tiene gracia!

ALB

¡Qué ha de tener gracia, caramba, si no sé cómo quitármelo de encima! Es un tabardillo, un moscón, un catarro crónico, ¡un demonio! Y nada, que dice que no cesa hasta que yo no le pida un favor grande, muy grande. (Mercedes ríe.) Y la verdad; no sé qué pedirle; no encuentro asunto.

MER.

Yo tengo uno magnífico.

ALB

¿Tú? ¿Es de veras?

MER.

(Riendo.) No: eso sería ya demasiado duro.

ALB.

Quiá; sea lo que sea, cuanto más peligroso, cuanto más difícil, mejor: hay que pedirle un imposible.

MER.

¿Es soltero?

ALB.

Y enemigo del matrimonio.

MER.

Entonces, no hay más que hablar: pídele que se case con Virginia.

ALB.

¿Con Virginia? ¿Y quién es Virginia?

MER.

Mi prima, una muchacha á quien aprecio mucho y á la que deseo ver casada cuanto antes.

ALB

Pues vé pensando en el regalo.

MER.

¿Crees tú?

ALB.

Peláez se casa con ella.

MER.

Apuesto algo á que no.

ALB.

No apuestes porque perderás; tú no conoces á Peláez.

MER.

Pero es que tú no conoces á Virginia.

ALB.

Sea como sea, te garantizo que carga con ella: vas á oírlo de sus propios labios; espera. (Hace mutis por el fondo.)

ESCENA IX

MERCEDES y CEFERINA

MER.

(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.) ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Pero todavía andas con el reloj en la mano?

- CEF. ¿Qué sucede?
MER. Lo más gracioso que puedas imaginarte; que vamos á casar á Virginia.
- CEF. ¡Criatura!
MER. Como lo estás oyendo. Con un amigo de Alberto.
- CEF. ¿Es ciego?
MER. Es un hombre que está decidido á todo. Ya te contaré: anda y dí á Virginia que venga.
¡Ah! Que se arregle un poco.
- CEF. Pero...
MER. Corre, no te detengas.
- CEF. (Haciendo mutis por la derecha.) Por mucha que sea su decisión, en cuanto la vea se tira por una ventana.

ESCENA X

MERCEDES, ALBERTO y PELÁEZ

- ALB. Pase usted, amigo Peláez. (Este Peláez es un tipo de lo más ridículo del mundo. Tiene cuarenta y cinco años y viste con pulcritud, pero con marcadísima cursilería.) El señor Peláez, de quien he tenido el honor de hablarte hace un momento.
- PEL. ¡Señora!
MER. Ya por Alberto he sabido...
PEL. (Interrumpiéndola.) Algo, habrá usted sabido algo, pero no todo, señora; ¡ah! todo no lo cuenta: la modestia del señor Pachón es tan grande como su bondad; pero no importa, aquí estoy yo; yo diré á usted todo lo que ha hecho por mí. Escuche usted...
ALB. Pero, hombre, si ya le he contado...
PEL. (Interrumpiéndole.) No, señor Pachón, no; usted no ha contado los hechos. Mire usted, señora; un hombre amaneció cosido á puñaladas y ese hombre era criado mío.
- ALB. Haga usted el favor de callar, señor Peláez.
PEL. (Sin hacerle caso.) Y ese hombre era criado mío, señora. Como días anteriores...
ALB. ¡Que se calle usted!
PEL. No puedo: tengo que contarle.

- ALB. Señor Peláez: ha llegado el momento que usted deseaba tanto.
- PEL. ¿Eh?
- ALB. Tengo que pedir á usted un favor grandísimo.
- PEL. ¿Un favor? ¡Gracias, Dios mio! Pronto, cuál, diga usted.
- ALB. Es preciso que se case usted con la persona que voy á presentarle dentro de unos minutos.
- PEL. No.
- ALB. ¿Eh?
- PEL. Yo quiero que usted me pida otra cosa más grande, más difícil; esto de casarse no encierra dificultad ninguna.
- MER. Es que la persona á que alude el señor Pachón, reúne ciertas condiciones que á primera vista...
- PEL. ¡Ah! Entonces...
- MER. No es joven.
- PEL. Mejor.
- MER. Además, no es bonita.
- PEL. Es que si lo fuera, rehusaría. Necesito que sea fea, muy fea; de una fealdad horrorosa.
- MER. Lo es.
- PEL. ¿Palabra?
- MER. Palabra.
- PEL. (Decidido.) ¿Dónde está esa mujer?
- MER. Hela aquí. (Virginia entra por la derecha y se detiene. Peláez, al verla, no puede reprimir un movimiento de asombro. Alberto sofoca la risa.)

ESCENA XI

DICHOS y VIRGINIA

- VIR. (Aparte á Mercedes.) ¿Cuál es?
- MER. El de la levita vercosa. (Por Peláez.)
- PEL. (A Alberto.) ¡Gracias, don Alberto, gracias!
- MER. Señor Peláez, permitame que le presente á mi prima Virginia. (Peláez se acerca á Virginia y le estrecha la mano contemplándola al mismo tiempo horrorizado.)

- VIR. ¡Caballero!
- PEL. (Separándose de ella.) (Me he quedado sin habla.) (Se dirige á Alberto y le estrecha la mano efusivamente.) ¡Señor Pachón! ¡una sola palabra! ¡¡¡Gracias!!! (A Mercedes.) ¡Gracias también, señora!
- VIR. (Da las gracias á todos. ¡Cuánto debo haberle interesado!)
- PEL. ¿A quién debo dirigirme para pedir la mano de esta señorita?
- VIR. (Ruborizándose.) ¡Dios mío!
- PEL. Quiero que, si ella me acepta gustosa, la boda se realice cuanto antes; en seguida. (Virginia se ruboriza de nuevo.) ¡Ah! ¡Qué felicidad! Si pudiera realizar mi ensueño. Sí; casarnos en Albacete, en Albacete. En la misma ciudad donde el más digno de los jueces se sirvió hacerme el más señalado de los favores.
- VIR. Caballero... esta prisa.. aunque mucho me satisface... comprenderá usted que un paso de tanta trascendencia...
- PEL. (Exaltadísimo.) Nada, no pida usted aplazamientos, por Dios; esta señora, (Por Mercedes.) me ha hecho comprender que, por parte de usted, no había inconveniente. En seguida, en seguida: el mal camino pasarlo... (Se tapa él mismo la cara. A Alberto en tono suplicante.) ¡Perdón!
- VIR. (Cariñosamente.) Peláez... permítame usted que le llame Peláez... por favor, no se exalte usted. Compréndame y discúlpeme: toda señorita, antes de dar un paso como este... duda. Además, deseo que se convenza usted de ciertos detalles: usted me encuentra rodeada de artistas y rodeada de gente... inquieta; puede usted acaso hacer suposiciones malévolas; soy digna de usted: llevé y he llevado siempre una existencia tranquila, respetable y pura.
- PEL. Lo creo, señorita; hay cosas que no es posible dudarlas. Viendo su cara, hay que creer en la pureza.
- VIR. ¡Gracias, Peláez!

- PEL. Pero he de decirlo muy alto, para que se entere el señor Pachón. Si en vez de esa pureza tuviera usted que reprocharse de faltas muy graves... Si algún hombre hubiese tenido el atrevimiento de... No... no lo creo posible: ¿verdad que no es posible, señor Pachón? Pero si hubiere sucedido, también me casaría con usted.
- MER. Nada, no hay más que hablar; concedemos á usted la mano de Virginia y esta tarde saldremos juntos para Albacete. Ya lo dispondremos todo para que la boda se realice cuanto antes.
- ALB. Muy bien, muy bien.
- PEL. Entonces y con el permiso de ustedes me retiro; puesto que nos vamos esta misma tarde, tengo que hacer varios encargos. Hasta después.
- MER. Pero, señor Peláez, ¿no abraza usted á su prometida?
- PEL. ¿Eh?
- ALB. ¡Claro, hombre!
- PEL. ¡Ya lo creo! (Se dirige á Virginia y la abraza. Vuelve la cabeza y ve que Alberto está distraído sofocando la risa.) ¡No me ha visto! ¡Eh! ¡Señor Pachón! Vea usted. (Vuelve á abrazarla.)
- VIR. (Derretidísima.) ¡Peláez!
- PEL. (Abrazándola de nuevo.) ¡Virginia! Hasta luego. (A Alberto á media voz.) Sabré demostrarle á usted que soy agradecido. Me casaré con esa mujer... y tendremos hijos. (Vase muy animadamente mirando á todos con verdadero aire de triunfador.)
- MER. (A Virginia.) ¿Eh? ¿Qué me dices ahora?
- VIR. ¡Es mi tipo, el bello ideal de mi vida! Un hombre arrogante, apasionado, entusiasta. ¡Ay, Mercedes! ¡Mercedes!
- MER. Bien: comunica á mamá la buena noticia y déjanos. ¡Ah! Es necesario que salgas y me compres esos encajes y el guardapolvo: ya sabes de qué color le quiero.
- VIR. Sí; ahora mismo. (Haciendo mutis.) ¡Peláez! ¡Peláez! ¡Qué nombre tan dulce y qué dulce ensueño! (Vase. Ríen los otros.)

ESCENA XII

MERCEDES, ALBERTO y NEMESIA

- MER. (Riendo.) Déjame que te abrace; gracias á tí, vamos á vernos libre de este sinapismo. (se abrazan.)
- ALB. Y gracias á tu ocurrencia voy también á verme libre de ese cáustico de los demonios.
- NEM. (Por el fondo.) No es nadie: soy yo.
- MER. ¿Otra vez?
- NEM. Ahí está el señor Bermúdez.
- MER. ¡Ah! ¡Bermúdez, dígame que pase!

ESCENA XIII

MERCEDES, ALBERTO y BERMÚDEZ

- ALB. ¿Quién es ese Bermúdez?
- MER. Un galán joven á quien ha contratado don Ambrosio para que sustituya á González en la excursión por provincias. El pobre es bastante poquita cosa, y como no ha hecho nunca *Los últimos ultrajes*, viene á ensayar conmigo.
- BER. (Por el fondo.) Buenos días, Floriana; ¿llego con retraso? (Es joven. Viste muy mal.)
- MER. No: aún no ha venido Elena.
- BER. ¡Ah!
- MER. Pero no importa: empezaremos sin ella. Voy á decir á la muchacha que no deje pasar á nadie, excepto á Elena, como es natural.
- BER. Me parece muy bien: de ese modo ensayaré más tranquilo sin tener que soportar la presencia de ninguno de esos pelmas que te visitan. No puedo remediarlo: delante de ellos... (Advierte la presencia de Pachón y se contiene.)
- MER. (Presentándolos. (El señor Pachón; mi compañero Bermúdez. (Saludo. Vase Mercedes por el fondo.)

ALB. ¿Y qué papel hace usted en el melodrama?
¿El de Gonzalo?

BER. No: el de Roberto.

ALB. ¡Oh! Es un papel muy bonito.

BER. Brutal; algo brutal: no es esa mi cuerda. Mi especialidad son los hombres de mundo; los papeles de joven elegante, de hombre distinguido; donde pueda uno manifestarse tal y como es, sin afectaciones, sin esfuerzos. Este Roberto lo pienso modificar mucho, quiero salirme de la rutina. Haré un Roberto nuevo, nada de asperezas, y, sobre todo, pienso vestirlo bien: el vestir bien es mi monomanía.

ALB. ¡Oh! Se ve; sí señor; se ve. (Entra Mercedes.)

MER. ¿Vamos?

BER. Cuando quieras. (Suena un timbre.)

MER. Han llamado; será Elena.

ALB. Bueno: dejo á ustedes.

MER. Si quieres despedirte de mamá, vé por aquí.

ALB. Sí.

MER. ¿Volverás?

ALB. En seguida. Hasta luego. (Saluda á Bermúdez y vase.)

MER. ¿No es Elena?

BER. (Entreabriendo la puerta del fondo.) Es otro pelma que quiere pasar á toda costa.

MER. Pues mira, ven; aquí nos dejarán en paz. (Mutis por la derecha.)

BER. Es preferible: delante de gente no doy pie con bola. (Mutis.)

ESCENA XIV

CONSTANTINO y NEMESIA

NEM. A mí no tiene usted que faltarme, ¿se entera usted? ¡Vaya con el hombre! A mí me ha dicho la señora que no está para nadie y cumpla lo que se me manda, con que ya está usted ahuecando.

CONS. (Solemnemente.) Agora que dentro estamos, dírete que soy el conde de Kolbansow, esposo de la señora é amo de esta casa.

NEM. (¡Dios mío!)
CONS. Presto, condúceme al cubículo do mora mi esposa.
NEM. Pero...
CONS. ¡Vamos!
NEM. Sí señor, señorito... (¡Jesús! ¡La que se va á armar!)
CONS. ¡Presto he dicho!
NEM. Ya va... por aquí... (¡Malos tiros le den y qué genio tiene!) (Hacen mutis por la izquierda.)

ESCENA XV

MERCEDES; BERMÚDEZ y luego CONSTANTINO

BER (Entreabriendo la puerta.) No: ya no hay nadie. (Entra en escena.) Podemos trabajar aquí: ahí dentro no hay ni espacio ni luz, y yo para desenvolverme necesito ambas cosas. ¿Empezamos?
MER. Sí: yo entro por el fondo y tú dices saliendo á mi encuentro: ¡Usted! ¡Usted aquí!
BER. Vamos á ver. (Mercedes retrocede y luego avanza majestuosamente.) ¡Ustez! ¡Ustez aquí!
MER. Por Dios, Bermúdez; el decir ustez hace muy feo.
BER. Si es verdaz, pero como no estoy en situación todavía...
MER. Vamos á ver: yo entro en este instante. (Vuelve á retroceder y á avanzar.)
BER. ¡Ustez! ¡Ustez aquí!
MER. ¿No le prometí que vendría?
BER. ¡Oh, Brígida! ¡Qué feliz me hace ustez! Pero siéntese aquí en el sofá. ¿Eh? ¿Tiembla ustez? ¿Tiene ustez miedo?
MER. No, Roberto.
BER. Sí; me lo dicen el temblor de sus ojos, la mirada angustiada de sus manos, el ondear de nácar de su seno precipitado... (Mercedes ríe.) ¿Eh?
MER. Lo mismo que ayer.

- BER. Nada, está visto: en este parrafito voy á meter la pata. Y es que no me pongo en situación.
- MER. El temblor de sus manos, la mirada angustiosa de sus ojos y el ondear precipitado de su seno de nácar.
- BER. Si la cosa no puede ser más sencilla, pero ya tú sabes lo que sucede: como uno se atarugue... Vamos á ver. Pero siéntese: viene usted fatigada: ¿siente usted miedo?
- MER. No, Roberto.
- BER. Sí, me lo dicen el temblor de sus manos, la mirada angustiosa de su seno y el ondear de sus ojos de nácar. Pero no tema usted, Brígida. (Arrodillándose ante ella y besándole las manos.) Yo la amo con locura infinita.
- CONS. (Por la izquierda; al verlos lanza un grito.) ¡Cielos!
- MER. (Estupefacta.) ¡¡Mi marido!
- BER. ¡Caray!
- CONS. Pero...
- MER. (Corriendo á él y abrazándole.) ¡Constantino! ¡Esposo mío!
- CONS. ¡Señora!
- MER. (A Bermúdez.) Caballero, este señor es mi marido, atrévase usted á repetir sus insolencias.
- BER. ¿Eh? ¿Yo?...
- CONS. ¡Ah, rufián!
- MER. (Sujetando á Constantino.) Déjale; su conducta canallesca no merece más que desprecio.
- CONS. ¡Voto á bríos! ¡Cobarde, malandrín! ¡Decid qué hizo!
- BER. ¡Anda, Dios, y habla á lo clásico!
- MER. Vas á saberlo. Ese... canalla es el tapicero que sirve á mamá. Venía á cobrar una factura, me encontró aquí sola y sin dinero y...
- CONS. ¡Ah, bellaco, bergante, belitre! Yo sabrede pagar esa factura para luego mataros. (Busca nerviosamente en su cartera unos billetes.)
- MER. (A Bermúdez.) No puedo marchar esta noche. Dilo en el teatro.
- CONS. ¡La factura! ¡Bribón, presto, belitre!
- BER. Me parece que está abusando del clásico.
- CONS. ¡¡La factura!! Quiero pagalla.

- BER. (Y á clásico no me ganas tú.) (A Constantino.)
No la truje, señor.
- CONS. ¿Eh?
- BER. A cobralla he venido un porción de veces,
¡vive Dios! pero por lo visto ó perdióseme ó
dejella en mi consola. Yo os la trairé y os
juro, pardiez, que no he de parar hasta que
me deis razón de vuestros insultos.
- CONS. Afora de aquí é si non...
- MER. (Sujetándole.) ¡Constantino!
- BER. Afora voime. (Vaya un mutis que voy á ha-
cer.) (Vase gallardamente por el fondo.) ¡Afora
voime!

ESCENA XVI

DICHOS menos BERMÚDEZ

- MER. ¡Por Dios, Constantino!
- CONS. No sé cómo me cortuve.
- MER. Olvidalo: heblemos de tí. ¡Qué sorpresa tan
agradable, esposo míol!
- CONS. Me aburría sin vos y todo helo arrostrado
por veros. ¿Y nuestra madre?
- MER. ¡Oh, incapaz, incapaz! ¡Pobrecilla!
- CONS. Al entrar, una de vuestras servidoras opúso-
me resistencia...
- MER. Cumplo tus órdenes: no recibo á nadie, no
voy á ninguna parte; ya ves, aún no he des-
hecho parte de mi equipaje.
- CONS. Sois un ángel, señora.
- MER. Pero tu presencia me indica que te han in-
dultado.
- CONS. No; mas no temo: la policía española es
mala, nada temo de ella. ¿Nuestra madre
permanece en cama?
- MER. Sí; es decir.. á lo mejor... en cuanto me se-
paro de ella... ¡como la pobrecita no sabe lo
que hacer!... Espera... voy á prepararla: no
conviene que te vea sin previa preparación:
las sorpresas le hacen un daño horrible, es-
pantoso. Una emoción fuerte podría costarle
la vida. (Se oye cantar dentro á Ceferina: «El lago

azul que tu cuerpo bañó. Mercedes queda en una fiera actitud.)

CONS.

¡Ella!

MER.

Se... se ha levantado. ¿No lo dije?

CONS.

¿E canta?

MER.

Así le empiezan los ataques. (¡Dios mío!)

ESCENA XVII

DICHOS y CEFERINA; luego NEMESIA

MER.

(Saliendo precipitadamente al encuentro de Ceferina.)

¿Otra vez te has levantado? (La pellizca.)

CEF.

¡Animal! ¡Bruta!

CONS.

¿Eh?

CEF.

(Viendo á Constantino.) ¡Dios mío! ¡Ay! (Se le cae de las manos la caja del reloj.) ¡Ay! (Se tambalea.)

MER.

¡El ataque! (Ceferina cae accidentada sobre el sofá. Constantino acude á ella y entre ambos la sujetan.)

¿No te lo dije? El ataque.

CONS

¡Señora! (Ceferina forcejea.) ¡Cielos! Esto no es un ataque: esto es una carga de cosacos.

(Ceferina grita.)

NEM.

(Por el fondo.) ¡Anda! Ya se armó.) ¿Qué pasa, señorita?

CONS

Pronto, el médico, buscad al médico.

NEM.

¿A qué médico?

CONS.

Al que viene todos los días.

NEM.

¿Eh?

MER.

Al que viene todos los días, mujer, no seas idiota.

NEM.

Pero...

MER.

¡Vete! Déjanos. Ya se le va pasando: no hace falta.

NEM.

Está bien. (Esta gente acabará por volverme loca.) (Vase.)

CONS

Parece que torna á la razón.

MER.

Sí: ha sido muy benigno el ataque.

CONS.

¿Y vos sola podeis sujetalla?

MER.

No: me ayuda siempre Virginia: esa prima Virginia á quien me he referido en mis cartas y á quien tú no conoces aún. La pobre es muy servicial. No tardará en volver:

ha salido á comprar unos encargos. (Ceferina respira.) Ya: ya pasó. Traeme aquel abanico: conviene airearla un poco. (Constantino va á la consola y toma un abanico que da á Mercedes.)

CEF. (A Mercedes á media voz.) Ten cuidado: vas á dar al reloj con el pie.

MER. ¡No sé cómo vamos á salir de este afán!

CONS. Tomad. (Al dar el abanico á Mercedes, propina un puntapié mayúsculo al reloj.)

CEF. (¡Animal!) (Mercedes abanica á Ceferina. Ceferina se incorpora y abre los ojos. ¿Eres tú, Mercedes? (Suenan un timbre dentro.)

MER. Sí: alégrate: una persona á quien tú quieres muchísimo está aquí también.

CEF. ¡¡Constantino!!

MER. Has acertado: míralo.

CONS. ¡Señora!

CEF. ¡Ah! (Se abrazan.)

NEM. (Por el fondo.) Señorita.

MER. (Bajo, á Nemesia.) ¿Quién es?

NEM. Don Ambrosio.

MER. Dile que no entre: que espere un momento. (Vase Nemesia.) Mamá: tienes que acostarte en seguida.

CEF. ¿Otra vez?

MER. Anda, Constantino, acompaña la á su cuarto: es preciso: á ti te obedecerá con más gusto.

CONS. Vamos, señora, en el lecho hallareis consolación para vuestro mal. (Le ofrece el brazo.)

CEF. (Ahora sí que nos hemos caído. (Hacen mutis por la segunda izquierda.)

ESCENA XVIII

MERCEDES, AMBROSIO y luego CONSTANTINO

MER. (Llamando quedito desde la puerta del fondo.) ¡Don Ambrosio!

AMB. ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Qué me ha dicho Bermúdez? ¿Es cierto?

MER. Desgraciadamente, don Ambrosio: yo no puedo partir: busque usted quien me sustituya.

AMB. ¡Imposible! ¡Ni pensarlo! La base de la com-

- binación eres tú: sin tí no hay negocio posible.
- MER. Pues yo no puedo marchar.
- AMB. Tú has firmado un contrato.
- MER. A pesar de ello.
- AMB. El abono está hecho: ya se han tirado en Albacete los carteles.
- MER. Pues no puede ser.
- AMB. ¿Pero tu marido no estaba desterrado?
- MER. Sí: pero por verme...
- AMB. ¡Ah! Le denunciaré.
- MER. Eso no lo hará usted, don Ambrosio; sería canallesco, indigno.
- AMB. Le diré entonces la verdad y que me indemnice.
- MER. Eso no: sería peor. El no debe saber nada; á todo me presto con la condición precisa de que mi marido ha de ignorar siempre...
- AMB. ¡Demonio!
- MER. ¿Eh?
- AMB. ¡Oh! Es una gran idea: una ocurrencia diabólica.
- MER. ¿A ver?
- AMB. Que puede venir un policía que no sea tal policía y obligarle á...
- MER. ¿Cree usted? ¿Dará resultado?
- AMB. Ya lo creo. Lo malo es encontrar quien se preste á desempeñar ese papel: no creas que es un papel sencillo. Hay que tener ante todo figura. ¡Ya! Gustavo; Gustavo va á servirme.
- MER. ¿El segundo apunte?
- AMB. El mismo: está muy en tipo. Además siempre está descontento porque no le reparten buenos papeles cuando salimos á provincias. ¡Oh! Éste es de lucimiento.
- MER. ¿Y piensa usted que por este medio...?
- AMB. Apuesto la cabeza á que Gustavo hace tomar el tren á tu marido esta misma tarde. Haremos la excursión de provincias y quedarás libre. Voy al teatro.
- MER. Pero... (Entra Constantino por la derecha.) ¿se marcha usted sin verla, doctor? ¡Ah! ¡Constantino! El eminente doctor don Ambrosio Re-

queña, que desde hace dos meses asiste á mamá con fraternal solicitud. (A Ambrosio.) Doctor: el conde Colbansow, mi marido.

AMB. ¡Oh, señor Conde!

CONS. Os saludo, doctor. (Se dan la mano.) ¿Y qué me decís de la enferma?

AMB. ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué quiere usted que le diga! Son cosas que... son porque son. La patología es... la patología, no hay duda ninguna, y la tos, es la tos. (A Mercedes.) Eso de los bronquios no será nada.

CONS. ¿Eh? ¿Los bronquios? ¿Pero no es mal nervioso el que le aqueja?

AMB. Sí: nervioso, puramente nervioso; pero ya sabe el señor Conde lo que son los nervios: los nervios son los nervios, y como los bronquios son los bronquios y en los bronquios hay nervios, está muy clara la teoría. Nada: quinina, mucha quinina, señora.

CONS. ¿Vais á pasar á vella?

AMB. No: la ví ayer: no hace falta: la visita le impresiona y conviene evitarle todo desgaste de energías: conque mucha quinina y...

CONS. Desearía que el doctor contestase á una pregunta mía.

AMB. ¿Eh?

CONS. ¿Puede la condesa regresar conmigo á Rusia mañana mismo?

AMB. ¡Imposible! ¡Alejarla del lado de su madre! Ni pensarlo, señor Conde: eso equivaldría á darla muerte. Ni pensarlo. Lo menos en un mes... no podría ausentarse. Ahora con su permiso voy á retirarme: tengo todavía mucho que hacer. ¿Señor Conde? ¿Señora condesa? Y ya sabe usted: quinina, mucha quinina... (Hasta luego.) (Vase.)

ESCENA XIX

CONSTANTINO y MERCEDES

CONS. ¡Contrariárame lo dicho por el doctor! ¡Oh, qué hermosos crisantemos!

MER. (¡Dios mío!)

- CONS. ¿Eh? ¿Qué dice esta tarjeta?
MER. ¿A ver?
CONS. A nuestra encantadora Floriana... los autores.
MER. ¿Otra vez? ¿Pero este portero se ha propuesto desesperarnos?
CONS. ¿Eh?
MER. Nada, que aquí encima, en el piso segundo, vive una actriz, Floriana; seguramente la habrás oído nombrar; y el portero, que es nuevo, no se acuerda jamás que en la casa hay entresuelos y hace, por cuantos vienen buscando á Floriana, se equivoquen de piso. Créeme: es una lata horrorosa. A todas horas lo mismo; ¿está Floriana? ¿Vive aquí la señorita Floriana? Te digo que estoy de Floriana hasta la punta del pelo. ¡Jesús! ¡qué pesadez! Siempre Floriana: á todas horas lo mismo. ¡Ay! Creo que mamá llama. Voy á ver qué quiere. (Vase muy nerviosa por la derecha.)

ESCENA XX

CONSTANTINO y NEMESIA; luego ELENA

- CONS. Gustaríame mucho conocer á esa Floriana. ¡Oh! Las artistas han sido siempre mi bello ideal. (Entra Nemesia por el fondo.) ¿A quién buscáis?
NEM. Busco á la señorita, para decirle que está ahí Elena.
CONS. ¿Elena? ¿Quién es Elena?
NEM. Pues será una amiga de la señorita, digo yo.
CONS. Hacedla pasar.
NEM. (Desde la puerta.) Haga usted el favor de pasar, señorita.
ELENA ¡Qué! ¿Está ahí Bermúdez? ¿Han esperado por mi causa? (Viendo al Conde.) Perdone usted, caballero.
CONS. ¡Dioses! Es un ángel. (A Nemesia.) Presto: un sitio.

MER. ¿Eh?
CONS (A Elena.) Excusad, señora; (Ofreciéndole una silla.) es una taimada bribona aquesta doncella. Viéndonos perdió conocimiento y no me extraña. Sentaos. (A Nemesia.) Salid. (Vase Nemesia.)
ELENA (Este debe ser el... amigo de Floriana.) (se sienta.)

ESCENA XXI

CONSTANTINO y ELENA

CONS. (¡Divina mujer!) Y veniais señora...
ELENA A ensayar *Los últimos ultrajes*; como el galán es nuevo, convinimos en hacer aquí el acto de la seducción: pero supongo que no me habrán esperado.

CONS. (No comprendo.) Decid, ilustre dama...
ELENA ¡Oh! ¡Dama! ¡Ojalá! Racionista y gracias.

CONS. (Extrañado.) ¿Eh?

ELENA Y no crea usted, que como tener condiciones, las tengo, y lo he demostrado muchas veces. Todo el mundo puede decirle á usted cómo hago yo *La gata de Angora*, y en cierta ocasión supliendo á la Benítez me atreví nada menos que con *Juan José* y con *El dragón de fuego*, que ya es atreverse.

CONS. (¡Cielos! ¿Qué dice esta mujer?)

ELENA Lo que sucede es que no la protegen á una, ni escriben para una, ni se confían de una, y ¡es claro! estoy pasando lo mejor de mi vida trabajando nada más que en las piezas, donde no es posible lucirse. ¿Cree usted que puede lucirse una dama joven trabajando en *La cuerda floja*, ó haciendo *La última postura*? ¡Imposible!

CONS. (¡No la entiendo!)

ELENA El día que yo coja un papel que me encaje, van á ver quién soy yo.

CONS. Perdonad, señora; no domino bien el castellano y...

ELENA ¡Bah! No tiene usted que decirlo; se conoce

- á cien leguas. Usted es catalán y de los de arriba.
- CONS. Soy ruso, señora.
- ELENA ¡Ruso!
- CONS. Ciertamente, y no he comprendido bien muchas de vuestras palabras, aunque sonáronme á melodía celeste.
- ELENA Vamos: no sea usted cobero.
- CONS. ¿Eh?
- ELENA Aunque me mire usted de esa manera, lo que toca por mi parte... nanay.
- CONS. ¿Eh?
- ELENA Basta que sea usted el amigo de Floriana para que yo...
- CONS. ¡Cielos! ¿Floriana, dijo?
- ELENA ¿Eh?
- CONS. ¿Pero veníais buscando á Floriana?
- ELENA Naturalmente. (Constantino ríe.) ¿De qué se ríe usted?
- CONS. De que os habéis equivocado de piso, señora.
- ELENA ¿Es posible?
- CONS. El portero es nuevo, y...
- ELENA ¡Bonita plancha! ¡Qué dirá usted de mí!
- CONS. Que sois divina.
- ELENA Es usted muy amable. Perdone usted la molestia que he podido ocasionarle y...
- CONS. ¡Cómo! ¿De molestia habláis? ¿Y pensáis irros? ¡Ah, no, Elena! El Conde de Kolban-sow os suplica que no marchéis.
- ELENA (No he perdido el tiempo.)
- CONS. Las artistas son mi locura; ardo ya en mil fuegos por vos.
- ELENA (¡Zambomba!)
- CONS. Es preciso que comáis conmigo esta tarde. Aquí todo es enfermedad y tristeza: yo necesito luz y amor.
- ELENA Pues crea usted que lo siento; pero no puede ser. Esta misma tarde salgo para Albacete con la compañía, y...
- CONS. ¡Oh! No haréis eso, Elena.
- ELENA No tengo más remedio: quieren que hagamos en Albacete un ensayo de conjunto antes de la función, y tenemos que marchar

en el correo para llegar á hora conveniente. Si no fuera por lo del ensayo... me iría en el exprés y...

CONS. ¡Ah! Sí: en el exprés; os lo suplico.

ELENA Pero...

CONS. No os pesará.

ELENA Después de todo, ¡qué demonio! mi papel no es más que un embolado.

CONS. ¡Un embolado!

ELENA Y con llegar á la hora de la función...

CONS. ¡Claro!

ELENA Siempre es más cómodo viajar en exprés.

CONS. Entonces...

ELENA No subo á ver á Floriana. (Tendiéndole la mano.) En Fornos... dentro de una hora.

CONS. ¡Gracias, Elena!

ELENA Hasta luego, Conde.

CONS. Hasta luego.

ELENA (Haciendo mutis.) (No tenía yo esta idea de los rusos.) (Vase.)

ESCENA XXII

CONSTANTINO, MERCEDES y GUSTAVO

CONS. (Muy contento.) ¡Oh! Es bella como diez soles.

MER. (Dentro.) Que le preparen una taza de tila.

CONS. ¡La condesa! (Entra Mercedes por la izquierda.)

¿Cómo sigue?

MER. Algo mejorcita.

GUS. (Por el fondo.) ¿Se puede? (Este Gustavo frisa en los cincuenta años; viste raídamente, tiene aspecto de rufián y anda y habla como lo haría un caballero de la Edad Média. Viene completamente afeitado y entra con el cigarro en la boca, el sombrero debajo del brazo y las manos en los bolsillos.)

MER. (¡Gustavo!)

GUS. ¿El Conde Kolbansow?

CONS. ¿Eh? ¿Qué deseáis?

GUS. ¡Daos preso!

CONS. ¡Cielos!

GUS. Soy agente de la secreta y vengo en vuestra busca.

- CONS. ¿Pero es posible? ¡Ah! ¡Es maravilloso! No sé cómo han podido informarse de mi llegada. ¡Qué policía tan admirable!
- GUS. Menos coba, señor Conde.
- CONS. ¿Eh?
- GUS. Una de dos: ó se marcha usted de Madrid en el tren que sale dentro de hora y cuarto ó le conduzco á la cárcel sin más contemplaciones.
- MER. ¡Dios mío!
- CONS. ¡Esto es horrible! Dadme un día de plazo; el tiempo necesario para que la condesa arregle su equipaje.
- GUS. ¡Imposible!
- CONS. (A Mercedes.) Marchaos: voy á pretender sobornarle.
- MER. (A Constantino.) ¡Por Dios, no lo intentes siquiera! Es preferible que te vayas solo.
- CONS. ¡Dejadnos! (Vase Mercedes por la izquierda haciendo señas á Gustavo.)

ESCENA XXIII

CONSTANTINO y GUSTAVO

- CONS. Señor agente; ¿queréis hacerme un inmenso favor? (saca de la cartera un billete.)
- GUS. (severamente.) ¿Qué pretende usted?
- CONS. Necesito un poco de dinero español; tengo dinero ruso y francés, pero español no; ¿queréis cambiarme? (Le alarga el billete.)
- GUS. (Tomándolo.) ¿Qué vale este billete?
- CONS. Mil francos.
- GUS. No puedo complacerle; sólo tengo unas tres pesetas escasas.
- CONS. Es suficiente: dádmelas. (Gustavo se las da.) Estamos en paz, caballero.
- GUS. (Guardándose el billete.) Pero...
- CONS. Escuchad. Yo tengo verdadero interés en que mi mujer crea que me ausento de Madrid dentro de una hora; pero yo no puedo marchar de Madrid hasta mañana.

- GUS. ¡Ah! Celos quizás; sospecháis de vuestra esposa y queréis sorprenderla...
- CONS. ¡Nunca! La condesa es un ángel. Es que tengo cita con otra dama y...
- GUS. Comprendido; quiere usted correrla esta noche.
- CONS. ¿Correrla? Creí que deslase de otro modo.
- GUS. Bueno, pero...
- CONS. Yo os doy mi palabra de honor que mañana me ausento de Madrid.
- GUS. ¿Me da usted también palabra de salir de esta casa dentro de media hora y de no volver á pisarla?
- CONS. ¡Os la doy!
- GUS. ¡Y se irá usted mañana!
- CONS. ¡Mañana!
- GUS. Señor Conde, confío en su palabra: pero no intente usted engañarme porque ¡ay de usted! (Saluda inclinándose. Constantino le alarga una mano que él no estrecha.) (Esto se llama crear un personaje.) (Hace mutis por el fondo con la frente erguida y mirando con olímpico desprecio cuanto le rodea.)

ESCENA XXIV

CONSTANTINO, MERCEDES, ALBERTO, NEMESIA y LUCILA

- CONS. (Muy contento.) ¡Ah! Soy feliz. Preciso es que no lean en mis ojos la alegría. (Llamando.) ¿Condesa?
- MER. ¿Qué?
- CONS. (Afectando tristeza.) Teníais razón; la policía española es insobornable. Dentro de una hora parto para Rusia.
- ALB. (Por el fondo, con un ramo de crisantemos.) ¡Hola!
- CONS. ¿Eh?
- MER. (¡Dios mío!)
- ALB. (A Constantino.) ¡Caballero! (Saludando.)
- CONS. ¿Flores? ¿Para quién son esas flores?
- ALB. Para la bellísima Floriana.
- CONS. (Furioso.) Caballero; ya estamos hartos.
- ALB. ¿Eh?

- CONS. Floriana vive arriba.
MER. En el otro piso.
CONS. ¡En el otro piso!
ALB. ¡Demonio!
CONS. (Poniéndole en la mano que tiene vacía el otro ramo de crisantemos que habrá en la consola.) Tomad: esto es para ella. (Alberto abre un palmo de boca.)
LUC. (Dentro y á voces.) Sí; está aquí; le he visto entrar.
ALB. ¡Dios mío! ¡¡¡Mi mujer!!!
LUC. ¡Déjeme usted pasar!
MER. ¿Eh?
LUC. (Entrando furiosa.) ¿Dónde está mi marido? (Alberto se cubre la cara con las flores.)
CONS. ¿Vuestro marido?
LUC. Sí; Alberto Pachón; le he seguido; le he visto entrar; sé que tiene amores con Floriana.
CONS. (Exasperado.) ¡Dale con Floriana! Floriana vive arriba, señora.
MER. ¡Arriba!
CONS. Sí; este señor, (Por Alberto.) os conducirá.
LUC. (Viendo á Alberto.) ¡¡El!! ¡Ah, canalla!... ¡Sinvergüenza! ¡Monstruo! (Se precipita sobre él y le pega. Alberto, al huir por la puerta del fondo, tropieza con Nemesia que conduce un servicio de té. Gritos, ayes, imprecaciones. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Local destinado á cuartos de artistas en el teatro de Albacete. La escena estará dividida por un grueso tabique formando á la derecha el cuarto de Mercedes, y á la izquierda un amplio corredor que hace las veces de saloncillo.

En el corredor, ó sea en la parte izquierda, y en el lateral de este lado, dos puertas practicables y sobre ellas y en pequeños cartones adosados á la pared los números 3 y 4 respectivamente. En el tercer término de este mismo lateral que formará un pequeño chafán, otra puerta que simula conducir á la escena. En el fondo escalera que se pierde á la izquierda y corredor á la derecha que simula conducen á otros cuartos. A la derecha, ó sea en el tabique, puerta de entrada al cuarto de Mercedes y sobre ella el núm. 2.

Dentro del cuarto, á la derecha, puerta practicable en el primer término y á continuación una mesita tocador con espejo.

En el fondo, biombo, baules, maletas, etc. Sofá y sillas de anea á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

MERCEDES, VIRGINIA, GUSTAVO, NARCISO y RAMIRO

(Mercedes, ayudada de Virginia, saca de un baúl ropas y efectos que va colocando sobre la mesita y sobre las sillas. Ramiro y Narciso conversan en el corredor. Gustavo, que viste un traje de americana muy flamante, entra por la puerta de la derecha, último término, dando muestras de gran agitación.)

RAM. Ahí lo tienes. (Por Gustavo.)

NAR. Pero chico, ¿quieres decirnos de donde has sacado esa ropa?

- GUS. Dejádme: no estoy para bromas. Lo que sucede es inaudito.
- RAM. ¿Qué pasa?
- GUS. Que está todo el papel vendido y ni hay decorado para hacer la obra, ni la... estúpida de Elena ha llegado aun de Madrid.
- NAR. ¿Es posible?
- GUS. Como lo oyes: puso un telegrama diciendo que había perdido el correo y que vendría en el expreso, pero el expreso ha llegado hace un momento y Elena no parece.
- RAM. ¡Anda!
- NAR. Y lo del decorado, ¿qué ha sido?
- GUS. Un timo. Nosotros hemos venido á Albacete en la inteligencia de que había los elementos necesarios para montar la obra, pero ahora resulta que el teatro está en pleitos y que uno ha embargado los muebles, otro las decoraciones y ¡vaya! que para hacer *Los últimos ultrajes* no puedo disponer más que de dos salones, uno rojo y otro verde.
- RAM. ¡Demonio!
- GUS. Esta noche nos majar, porque ya supondrás que no es cosa de suspender la función con el teatro vendido.
- NAR. Pues si que es un compromiso.
- RAM. Pero, ¿cómo te las vas á componer? Porque el primer acto pasa en las ruinas de un castillo.
- GUS. Ese acto no me preocupa. Pongo el salón rojo sin cortinas y unos apliques de roca.
- NAR. ¿Y el bosque del segundo acto?
- GUS. El salón verde con las cortinas á guisa de alfombras y macetas. Lo malo es el tercer acto: ¿cómo improviso yo un mar: un mar con un navío anclado? ¡Vamos! Te digo que hay para pegar tiros. ¡Ah! Ya saben ustedes que no damos más que esta función. Hay que llevar la obra muy á la ligera, porque á las doce y cuarenta sale el tren: es necesario estar en la estación á las doce y media.
- NAR. ¿Qué hora es ya?
- GUS. (Consultando su reloj.) Cerca de las ocho.

RAM. ¡Chico! ¡Tiene reloj!
NAR. ¡Tiene reloj!
GUS. Vamos, dejarse de asombros; ¿no trabajan ustedes en la pieza? pues á vestirse que vamos á empezar muy pronto. (Se acerca á la puerta del chafán y grita:) ¡Luis! Dé usted el primer toque á las ocho en punto. (Ramiro y Narciso hacen mutis por la derecha último término.)

ESCENA II

GUSTAVO y BERMÚDEZ

BER. (Por la derecha, último término. Viene con su papel en la mano, estudiando.) Sí: me lo dicen el temblor de sus manos, la mirada angustiada...
GUS. Oiga usted, Bermúdez. Suprímalo usted en el papel esa frase que dice: «esta panoplia que fué de mis abuelos», porque no hay panoplia.
BER. Bueno.
GUS. Y eso otro de «esta armadura del Cid, valor y fuerza me da» suprímalo usted también porque no hay armadura.
BER. ¿Que no hay armadura?
GUS. No, señor.
BER. Pero si es indispensable: si dentro de la armadura tengo que encontrar ese pergamino que es la base de la obra.
GUS. Ahora el pergamino lo encontrará usted sobre una silla.
BER. ¿Y el verso? ¿No sabe usted que ese trozo está en verso?
GUS. ¿A ver?
BER. (Leyendo)
«¡Cielos! Aquí un pergamino:
por estar tan bien guardado
sin duda lo ha respetado
el implacable destino!
Ya comprenderá usted que sobre una silla no es posible guardar bien nada. ¿No hay algún mueble donde?...
Gus Hay que modificar esa cuarteta.

BER. ¿Podrá usted?
GUS. Es mi especialidad. Soy más autor que muchos, pero no estreno porque ya usted sabe lo que sucede, las envidias; no es posible ser actor y autor al mismo tiempo. Deme usted el papel. (Bermúdez se lo da. Gustavo saca un magnífico lapicero de plata.)

BER. ¡Buen lapicero!
GUS. ¡Pchl (Leyendo.)
«Por estar tan bien guardado
sin duda lo ha respetado
el implacable destino.»
(Pequeña pausa.) ¡Ya está! (Escribe.) De primera:
no podrá decir nadie que es ríspida la cuarta.
(Lee.)

¡Un pergamino en la silla!
Por estar tan aireado
sin duda lo han respetado
el destino y la polilla.

BER. ¿Eh?
Muy bien. Pues voy á ensayar esos mutis sobre el terreno.

GUS. ¿No se viste usted?

BER. Me sobra tiempo; ¿no va antes la pieza?

GUS. Sí; voy á vestirme, que yo trabajo en ella.
(Vanse Gustavo por la segunda puerta de la izquierda y Bermúdez por la tercera.)

ESCENA III

MERCEDES y VIRGINIA

MER. ¿Estás viendo? Se ha quedado en Madrid la caja de los coloretos; como quien no dice nada. ¡Dios mío, qué noche! Y mamá de conversación y de charla en el Hotel. ¡Vamos! No olvidaré esta excursión en mi vida. (Suena dentro el primer toque.) ¡Digo! El primer toque ya; y mamá sin venir, y yo aquí sola. ¡Malhaya sea el teatro!... (Vuelve á buscar en los baules.)

VIR. Se necesita estar loca para hacer lo que estás haciendo.

- MER. ¿Crees que he venido aquí por mi gusto, im-
bécil? ¿No sabes que me han obligado? ¿Que
he venido por evitar mayores perjuicios?
- VIR. ¿Y si hicieras otra obra? Pero esto de *Los úl-
timos ultrajes*, me pone nerviosa. No se ha
escrito nada más espeluznante.
- MER. Está visto; no hay coloretos. Cuando venga
Elena, le diré que me preste su caja. Péi-
name.
- VIR. Cuánto mejor estaría una en su casita, al
lado de su marido cariñoso, y... (Suspira.)
- MER. ¿Qué tal se ha portado tu novio durante el
viaje?
- VIR. ¡Oh! Muy bien; es un caballero muy correc-
to; no se ha permitido ni el más ligero abu-
so. De cuándo en cuándo me oprimía una
mano, miraba al cielo y rezaba.
- MER. ¿Eh? ¿Que rezaba?
- VIR. Sí; á mí no ha dejado de extrañarme.
- MER. ¿Pero qué decía?
- VIR. Decía: «todo por vos, Señor; por el agradeci-
miento que os debo.» (Mercedes ríe.) ¡Es ado-
rable!

ESCENA IV

DICHAS y ALBERTO

- ALB. (Por el fondo.) Cuarto número dos. (Llama con
los nudlilos.)
- MER. Adelante.
- ALB. Soy yo. (Entra.)
- MER. ¡Alberto!
- ALB. Creí que no te volvía á ver. Buenas noches,
Virginia.
- VIR. Buenas noches, señor Pachón.
- MER. ¿Pero cuándo has llegado?
- ALB. Ahora, en el exprés; hace un momento.
- MER. ¿Con tu mujer?
- ALB. (Suspirando.) ¡Con mi mujer y en sleping!
¡Qué viaje! Hemos hecho las paces. ¡Figúra-
te! ¡Qué reconciliación aquella! No sé cómo
no me he tirado por la ventanilla. (Mercedes

- rie.) No puedo continuar así; prefiero la guerra: por eso he venido, no me importa que se entere; todo es preferible á la paz.
- MER. ¡Pobre Alberto!
- ALB. ¿Pero y tu marido? Porque me han asegurado que aquel señor era lo que yo me sospeché; tu marido.
- MER. Sí.
- ALB. (Miedoso.) ¿Está aquí?
- MER. Va camino de Rusia; ya te contaré; es muy gracioso. (suena el segundo toque.) ¡Dios santo! ¡El segundo toque! (A Virginia.) Vísteme.
- VIR. ¿Delante de este señor?
- ALB. Claro mujer ¡qué más da!
- MER. No voy á quitarme más que la blusa y la falda.
- ALB. Por mí no lo hagas, quítate cuanto te plazca. (Virginia la ayuda á desnudarse y á vestirse, tras el biombo, procurando siempre ocultar con su cuerpo el de Mercedes.)

ESCENA V

DICHOS y GUSTAVO

- GUS. (Por la izquierda vestido con traje de Luis xv. Se acerca á la primera puerta de dicho lateral y llama.) ¡Elena! ¡Elena! ¡Malhaya sea el mundo!
- MER. No llames, Gustavo; no ha venido aún.
- GUS. (Junto á la puerta de Mercedes.) ¿Se puede, Floriana?
- MER. Adelante.
- GUS. Buenas noches, señor Pachón.
- ALB. ¡Hola! ¿Cómo va?
- GUS. Bien, gracias.
- MER. Escucha, Alberto, tú que has venido en el exprés; ¿sabes si ha llegado Elena?
- ALB. ¿Elena? ¿La Rompetelas? ¿No le dicen la Rompetelas?
- GUS. Sí señor.
- ALB. Pues sí; debe haber venido; la ví tomar el exprés en Madrid; por cierto que no viaja sola.

- GUS. Extrañárame yo; pero en fin; menos mal si ha venino.
- MER. ¡Ah! Pongo en tu conocimiento, querido Alberto, que Gustavo ha sido mi salvador. A no ser por él, á estas horas estaría yo en Madrid al lado de mi marido, y no sé cómo estaría.
- ALB. ¿Es posible? ¿Y qué ha hecho?
- MER. Ha hecho creer al Conde que era un poli...
- ALB. ¿Un poli?
- MER. Sí, hombre; uno de la secreta, y como Constantino está desterrado...
- ALB. ¡Muy ingenioso, ingeniosísimo! Esto suelo castigarlo yo con unos meses de cárcel, pero me parece muy ingenioso. Ha sido una gran ocurrencia; una idea genial.
- MER. La idea fué de don Ambrosio.
- GUS. ¡Oh! De don Ambrosio. La idea es lo de menos; lo difícil es ponerla en práctica como yo lo hice.
- MER. Estuvo admirable.
- GUS. (Con amargura.) Ahora se convencen de que soy actor. ¡Ahora! ¡Después de treinta años de teatro!
- MER. Y lo más gracioso fué, que mi marido creyéndolo un policía de verdad, pretendió sobornarlo.
- ALB. ¿Eh?
- MER. ¿Verdad que te ofreció dinero?
- GUS. Mil francos.
- ALB. ¿Y qué hizo usted?
- GUS. Tomarlos.
- MER. ¿Que los has tomado?
- GUS. ¡Claro! Pero muy dignamente; con apostura.
- ALB. ¿Y luego?
- GUS. Luego... le dije que si no ahuecaba lo prendía en el acto.
- ALB. Es usted un hombre verdaderamente hábil. (Siguen hablando.)

ESCENA VI

DICHOS, ELENA y CONSTANTINO

- ELENA (Por el fondo con Constantino.) El primer cuarto de la izquierda; número cuatro; este es. ¡Anda! Pero ai está cerrado. ¡Conde!
- CONS. Mandad.
- ELENA Llégate á la portería y que te den la llave del número cuatro.
- CONS. ¿A la portería del teatro?
- ELENA Naturalmente, hombre.
- CONS. Obedezco, señora. (Hace mutis por el fondo)

ESCENA VII

MERCEDES, VIRGINIA, ALBERTO, GUSTAVO, ELENA y BERMÚDEZ

- ELENA (Riendo.) Vaya un tío gracioso. Es el primo más clásico que ha nacido de madre.
- BER. (Por el chafán.) Ya era hora, mujer; creímos que no venía. (Asomándose al cuarto de Mercedes.) ¡Eh! Señores; pongo en conocimiento de ustedes, que Elena se ha dignado venir.
- GUS. ¿Eh? (Saliendo del cuarto.)
- ALB. Ya decía yo.
- GUS. Gracias, alteza, por el favor que acabas de dispensarnos.
- ELENA Pues mira, bien me lo puedes agradecer, he estado á punto de no venir.
- GUS. Ya sé que traes enganche.
- ELENA Eso es lo que á tí no te interesa.
- GUS. ¡Tumbona! Vamos á ver si se puede empezar. (Vase por la puerta del chafán.)

ESCENA VIII

MERCEDES, VIRGINIA, ALBERTO, ELENA, BERMÚDEZ y
CONSTANTINO

- BER. No le hagas caso.
- ELENA Es un pobre malandrín, como dice mi conde.
- BER. ¿Nada menos que un conde tienes ahora?
- ELENA ¡Pchs?
- BER. ¿Y no habrá nunca ni una sonrisa cariñosa para un camarada que sabe apreciar lo bueno? (Medio abrazándola.)
- ELENA (Muy cariñosa.) ¿Una sonrisa nada más?
- BER. Ya ves que pido poco. (La abraza.)
- ELENA Pides poco, pero veo que te tomas lo que no pides. (Bermúdez trata de besar á Elena en el momento que Constantino entra por el fondo)
- CONS. ¡Cielos! (Separando á Elena de Bermúdez.) ¡Bellacol! (Fijándose en Bermúdez.) ¿Eh?
- BER. (Estupefacto.) ¡¡El cosaco!!
- CONS. (Idem.) ¡¡El tapicero!!
- BER. ¡¡Caramba!!
- CONS. ¿Vos aquí? ¿Y besando siempre? ¡Hablad!
- BER. Pues nada que... como le dije á usted... tengo ahí esa facturita... que...
- CONS. Venga: quiero pagalla: no deseo que nadie diga que os maté por no abonaros su importe. ¡Pronto! ¡Venga!
- ELENA (¿Pero qué lío es este?)
- BER. (Registrándose los bolsillos.) Debo habérla dejado en el hotel: voy por ella. No temais, volveré. (Vase por la derecha último término diciendo:) Nada, que voy á tener que hacer una factura por si acaso... (Mutis)

ESCENA IX

MERCEDES, VIRGINIA, ALBERTO, ELENA, CONSTANTINO y
GUSTAVO

- ELENA ¿Y la llave?
CONS Aquí está.
ELENA Abre. (Constantino abre la puerta, no sin gran trabajo.)
GUS. (Por la puerta del chafán.) ¡Que voy á empezar!
(Gritando.) ¡Que voy á empezar!
ELENA Bueno.
GUS. (Por el Conde que continúa haciendo esfuerzos por abrir.) (¿Quién será este pájaro?) (Constantino abre.) (Voy á verle la cara.) (Gritando.) ¡Que empiezo! (Constantino vuelve la cara y Gustavo retrocede espantado.) ¡Ah! (Elena entra en el cuarto.)
¡El ruso!
CONS ¡¡Cielos!! ¡¡¡La policía!!!
GUS. ¡Caballero!
CONS. ¡Pero cómo es posible! ¿Vos aquí? ¡Tan pronto! ¿Quién os ha dicho que he venido?
¿Cómo habéis podido enteraros?
GUS. ¡Ah! Ese es mi secreto. Ya le dije que ¡ay de usted si me engañaba!
CONS. (Asombrado.) Es maravilloso. No hay en el mundo policía como la española. (Fijándose en Gustavo.) ¡Y estais disfrazado!
GUS. Para pasar desapercibido. Los actores me creen un camarada; yo soy así; cuestión de pupila, caballero. (Narciso y Ramiro, vestidos con traje Luis XV, atraviesan la escena de derecha á izquierda y hacen mutis por la puerta del chafán.)
NAR. (A Gustavo.) ¡Eh! Tú, que tienes que salir en la segunda escena. (Mutis.)
GUS. Voy. (A Constantino.) Ya ve usted: me creen su compañero.
CONS. ¿Y habéis venido siguiéndome?
GUS. Sí. Me figuré que habíais querido dármela con queso, y á mí no se me engaña tan fácilmente. Es preciso que ahora mismo se marche usted de aquí.

- UNA VOZ (Dentro.) ¡Fuera de escena! ¡Arriba el telón!
- GUS. ¡Ahora mismo! (¡Caramba! ¡No voy á llegar á tiempo!)
- CONS. ¡Unas horas más! (Saca la cartera.)
- CONS. ¡¡Imposible!! (Muy nervioso.)
- UNA VOZ ¡Se ha empezado!
- GUS. (¡Demonio!)
- CONS. ¡Media hora! ¡¡Un cuarto de hora!!
- GUS (No llego á tiempo.)
- CONS. Pero...
- GUS. Si le vuelvo á encontrar aquí le meto en la cárcel: se lo juro.
- CONS. No: no haréis eso; tomad. (Dándole unos billetes.)
- GUS (Guardándose los billetes.) ¿Pero por quién me ha tomado usted? A mí no se me compra.
- UNA VOZ (Dentro.) ¡Gustavo!
- GUS. ¡Voy! (A Constantino.) Largo de aquí ó si no...
- CONS. Me iré. (Gustavo hace mutis á la carrera por la puerta que conduce á la escena.)
- ELENA (Asomándose á la puerta del cuarto.) ¿Pero qué líos traes con Gustavo? ¿Le conocías?
- CONS. ¡Oh, mala landre! ¡¡Canalla!!
- ELENA No digas eso; es un buen compañero.
- CONS. Un falso compañero, señora; ese Gustavo es de la policía: me asedia.
- ELENA ¡Dios mío! ¡Quién lo había de imaginar! (Entrando en el cuarto.)
- MER. Mira, Alberto; llégate al cuarto de Elena y dile que me preste su caja de coloretos.
- ALB. En seguida; con muchísimo gusto. (Sale del cuarto.) ¡A lo que llegan los hombres! ¡Un juez! ¡Todó un juez que va por una caja de coloretos! (Llama al cuarto de Elena.)
- ELENA (Dentro.) ¿Quién es?
- ALB. Vengo á suplicar á usted de parte de Floriana que me dé la caja de los colorétes.
- ELENA (Dentro.) Con mucho gusto.
- CONS. (Sale del cuarto con la caja.) Tomad.
- ALB. ¡¡El ruso!!
- CONS. ¡Pachón! ¡El señor Pachón! ¡El de las flores!
- ALB. (¡Dios santo!)
- CONS. Tomad la caja, caballero.
- ALB. Gracias, muchas gracias. Aprovecho esta ocasión...

- CONS Deseo pedirlos un favor.
ALB. ¿A mí?
CONS. Sí; quiero que me otorguéis la merced de presentarme á Floriana.
ALB. ¡Eh!
CONS. ¿No es aqueste su cuarto?
ALB. Sí... no... es decir... yo no sé...
CONS. ¡Pardiez! ¿Pero no salís de él? (Avanza hacia el cuarto.)
ALB. Sí; pero... no está... digo que no está.
CONS. ¡Cielos! ¿Para quién pedir los coloretos?
ALB. Digo que... vamos: que no está visible. Se está vistiendo.
CONS. Mejor: eso me agradaría aun más. Quisiera vella...
ALB. ¡Nunca!
CONS. Celoso sois, caballero.
ALB. Espere usted: entraré yo solc, veré si está visible y... ¿me da usted palabra de no mirar por el ojo de la llave?
CONS. Os la doy.
ALB. (Entrando como loco en el cuarto de Mercedes)
¡Mercedes! ¡Ay! Yo me ahogo.
MER. ¿Qué pasa?
ALB. ¡Tu marido! Está ahí; ha venido con Elena; es el amigo de Elena; quiere entrar aquí.
MER. ¡Dios mío! Si no es posible; si estaba camino de la frontera.
ALB. ¡Falso! Ahí está. (Constantino llama á la puerta con los nudillos.)
MER. ¿Cómo salvarme! ¡¡Jesus!! Me tiemblan las piernas.
VIR. Tenía que suceder: estas situaciones falsas acaban así.
MER. ¡Dios mío!
VIR. ¡Si se entera!. . No quisiera verme en tu lugar.
MER. ¿En mi lugar? ¡Ah! Es una idea. (A Virginia.) Ponte aquí. (La sienta delante del tocador. A Alberto.) Esta es Floriana; presénteles usted á Floriana.
ALB. ¡Magnífico!
VIR. No, no lo consiento; no quiero.
ALB. Calle usted ó la extrangulo.

- VIR. (Amedrentada.) ¡Dios santo! (Mercedes recoge su traje y su sombrero y hace mutis por la puerta de la derecha. Alberto abre la puerta del cuarto.)
- ALB. Entre usted, caballero.

ESCENA X

VIRGINIA, ALBERTO, CONSANTINO y luego GUSTAVO y ELENA,
y por último LUCILA

- CONS. Gracias, señor Pachón.
- ALB. ¿No quería usted conocer á la eminente Floriana? He la aquí: tengo el honor de presentarla á usted.
- CONS. (Adelanta unos pasos, mira á Virginia y retrocede espantado, estrechando á Alberto la mano, como si le diera el pésame.) ¿Pero es esta la decantada Floriana?
- ALB. Esta.
- CONS. ¡Ah! Debe tener mucho talento.
- ALB. ¡Mucho!
- CONS. ¿Y estáis de veras celoso de ella?
- ALB. ¡Mucho!
- CONS. Debe tener, sin duda alguna, secretos resortes para fascinar.
- ALB. ¡Oh!
- CONS. Los públicos la adoran.
- ALB. ¡Mucho!
- CONS. Celebro aquesta presentación para poder agora decir en Rusia qué he conocido á una artista, verdaderamente... verdaderamente fenomenal. (Se sienta.) Seguid vuestra pintura, señora: no os molestéis por mí.
- ALB. (¡Y se sienta!) (A Virginia.) Píntate, Floriana; píntate. (Virginia se pinta.)
- VIR. (Estoy cortadísima.)
- GUS. (Por la puerta que conduce á la escena. Se acerca al cuarto de Elena y llama.) ¡Elena!
- ELENA (En enaguas, asomándose.) ¿Qué quieres?
- GUS. Oye, ¿se fué el ruso?
- ELENA No vuelvas á dirigirme la palabra en tu vida, indecente. (Cierra el cuarto.)
- GUS. ¿Eh? ¿Por qué dices eso?

- ALB. (Desde la puerta del cuarto de Mercedes.) ¡Ah! ¡Gustavo! (Corre hacia él.)
- GUS. ¿Qué?
- ALB. ¡Aquí está el ruso; el marido!
- GUS. ¿Pero no se ha marchado?
- ALB. No; es preciso que se lo lleve usted ahora mismo.
- GUS. Pero, ¿á dónde?
- ALB. ¡A la estación! Dentro de media hora pasa un tren; que se vaya á otra parte, pero que se vaya.
- GUS. Es el caso que yo tengo que salir á escena.
- ALB. No importa, primero es lo primero: pronto.
- GUS. ¿Pero así?
- ALB. Tome usted mi abrigo y mi sombrero: vamos.
- GUS. Bueno.
- ALB. (Entra en el cuarto de Mercedes.) ¿Caballero? Le llaman á usted.
- CONS. ¡Ah! Será Elena. (Sale encontrándose con Gustavo.) ¡¡El policía!!
- GUS. Señor Conde, elija usted: á la cárcel ó á la estación; dentro de media hora pasa un tren.
- CONS. Pero...
- GUS. Elija usted.
- CONS. A la estación. (Gustavo toma de manos de Alberto un abrigo y un sombrero y se los pone.)
- GUS. ¿Vamos?
- CONS. Por fortuna aun tengo dinero: volveré. (Se dirige hacia el fondo en el momento que entra Lucila.)
- ALB. (Horrorizado.) ¡¡Mi mujer!! (Entra en el cuarto y hace mutis por la puerta de la derecha.)
- VIR. ¿Eh?
- LUC. (A Constantino.) ¿Cuál es el cuarto de la señorita Floriana?
- CONS. El número dos, señora. ¡Cielos! ¡Si es la esposa de Pachón!
- GUS. (Empujándole.) ¡VAMOS! (Hacen mutis por el fondo.)

ESCENA XI

VIRGINIA, LUCILA y luego PELÁEZ

VIR. (Asomándose á la puerta del cuarto en el momento que Lucila se detiene ante el mismo.) ¡Se lo llevan!
¡Se val

LUC. (Contemplando á Virginia y retrocediendo horrorizada) ¡Dios mío! ¿Es ésta? ¿Esta es la mujer que enloquece á mi marido? (Encarándose con Virginia.) ¡Monstruo! ¿Qué ha hecho usted de mi marido?

VIR. (Espantada.) ¿Eh?

LUC. ¿Qué filtro misterioso, qué talismán posee usted para seducir á los hombres? ¿De qué medio se vale usted, que nosotras las mujeres honradas, no sospechamos?

VIR. ¡Señoral!

LUC. Es preciso que renuncie usted á mi Alberto.

VIR. Pero...

LUC. Es necesario: lo exijo.

PEL. (Por el fondo con un ramo de flores blancas.) Mi novia debe estar aquí. ¿Se puede? (Entra.)

VIR. ¡Peláez!

LUC. ¡Peláez!

PEL. ¿Eh?

LUC. No le extrañe encontrarme en este sitio, señor Peláez; he querido conocer á la mujer que me roba el cariño de mi Alberto.

PEL. ¡Cómo! Ella...

LUC. Sí; es la amante de mi marido.

VIR. ¡Falso! Eso no es verdad.

PEL. ¡Su amante! Ahora lo comprendo todo.

VIR. ¡Mire usted que es mentira: mentira!

PEL. ¡Basta! No es mentira; es cierto; yo quiero que lo sea.

VIR. ¿Eh?

PEL. Es mejor; mucho mejor; así el favor será digno de mi agradecimiento. (A Lucila.) Doña Lucila: dentro de dos días me caso con esta señorita.

LUC. ¿Usted? ¿Será usted capaz?

- PEL. Sí, señora. (A Virginia.) Señorita... es decir...
VIR. ¡Oh! No me insulte usted, Peláez. ¡Señorita!
¿Lo oye usted bien? ¡Señorita!! ¿No es la
cara espejo del alma? Pues bien: *míreme* us-
ted: lea usted en mí.
- PEL. Sí; á juzgar por la cara parece imposible;
pero no importa; quiero que sea verdad.
- VIR. ¡Peláez!
- PEL. Esposa mía: traje azucenas porque no sa-
bía... pero ahora traeré flores rojas de aro-
mas penetrantes y de punzantes espinas.
- VIR. ¡Aun duda! ¡Ah! Soy una pobre mártir.
- PEL. No, usted no; no confundamos. (A Lucila.)
Señora: dé usted las gracias á su esposo; él
sabrà por qué. (Sale del cuarto.)
- VIR. ¡Dios mío!
- PEL. Estoy contento, muy contento; es una ale-
gría que no es natural, pero... estoy conten-
to. (Vase muy agitado por el fondo.)
- LUC. ¡Señora! Devuélvame usted á mi marido.
¿Dónde está? ¡Pronto!
- VIR. Se ha marchado de aquí; no sé...
- LUC. ¡Oh! Yo le aseguro á usted que le encontraré.
Sé que está en el teatro; le encontraré. (Sale
del cuarto, se dirige hacia el fondo y luego retrocede
y hace mutis por la derecha último término.)

ESCENA XII

VIRGINIA, MERCEDES, ALBERTO y luego CONSTANTINO

- ALB. (Asomando la cabeza.) ¿Se ha marchado?
- VIR. (Asomándose á la puerta del cuarto.) Sí.
- ALB. Sal, Mercedes: ya no hay que temer.
- MER. ¡Qué susto tan horrible! (Ha cambiado de traje
y trae puesto el sombrero.)
- ALB. No ha sido menos el mío.
- MER. ¿Crees que no volverá mi marido?
- ALB. Tengo la completa seguridad.
- VIR. ¿Puedo quitarme los coloretos?
- ALB. Sí; ya no hay peligro.
- MER. (Sentándose en el sofá.) ¡Qué noche!! ¡Jesús! Es-

toy sofocadísima: en ese gabinete hace un calor insoportable.

ALB. ¡Espantoso!

VIR. ¿Cómo has podido arreglarte á oscuras?

MER. A tientas: gracias á que Alberto se ha dignado ayudarme. (Alberto se sienta junto á Mercedes.)

CONS. (Por el fondo.) Nada hay como el dinero y el vino. En el restaurant de la estación quedó embriagado el policía. (Se acerca á la puerta del cuarto de Mercedes y aplica el oído.)

ALB. (A Mercedes con gran entusiasmo.) Nunca te he visto tan hermosa. Esa ligera sofocación, parece que ilumina tu semblante.

CONS. Están ensayando.

ALB. (Casi de rodillas.) ¡Qué hermosa eres y cuánto te quiero!

CONS. ¡Bravo! ¡Bravo! (Mercedes se levanta sobresaltada. Alberto queda como estaba. Constantino entra en el cuarto.) ¡¡¡Dioses!!! ¡¡¡La condesa!!! ¡Señora! ¿Qué hacéis aquí? (Alberto se levanta temblando.)

MER. Yo soy quien te hace esa pregunta.

CONS. ¿Eh? (Por Alberto.) Ese hombre...

MER. Me habían dicho que eras el amante de esta Floriana.

VIR. ¡Dios mío!

MER. Y he hecho este viaje para convencerme de ello.

CONS. Os aseguro...

MER. Es inútil fingir; me has engañado; has sobornado al policía para venir tras esta mujer.

CONS. Podéis acusarme: las apariencias todas me acusan también; pero antes que nada, quiero saber por qué causa hallábase este villano de hinojos á vuestros pies.

ALB. ¿Eh?

MER. ¿A mis pies? Te engañas: este señor á quien no conozco siquiera, ensayaba su papel con tu amante.

CONS. ¡Ah! ¿Pero, el señor Pachón es cómico?

ALB. Sí señor; ya lo creo; cómico; muy cómico; soy el primer actor de la compañía.

CONS. ¡Ah! ¡El primer actor! ¿El que hace con Floriana esta noche?...

- ALB. Sí señor.
CONS. (Mirando el cartel pegado en la pared.) ¿No os llamais Pachón?
ALB. No señor; mi apellido es Bermúdez como dice en el cartel: lo de Pachón es mote.
CONS. ¡Ah! Pues tendré mucho gusto en aplaudiros esta noche.
ALB. ¿Eh?
MER. ¿Eh?
CONS. Voy á comprar un palco.
ALB. ¿Un palco? (¡Abrete tierra!)
MER. Irás solo: yo, después de lo ocurrido, no pienso acompañarte.
CONS. Darete explicaciones y vendrás.
MER. De ninguna manera. Además, el traje no es nada á propósito para exhibirse y...
CONS. No importa.
MER. Pero, ¿y la policía, Constantino?
CONS. He emborrachado á la policía.
MER. Mira, yo me marchó al hotel; he dejado á mamá sola y con el ajetreo del viaje está nerviosísima.
CONS. Vendrá á la función y se distraerá.
MER. Pero...
CONS. ¡Aguardad!
MER. ¿Dónde vas?
CONS. A comprar un palco é iremos en seguida á buscar á vuestra madre. Un minuto. Aguardad. (Hace mutis por el fondo.)

ESCENA XIII

MERCEDES, VIRGINIA, ALBERTO, AMBROSIO y luego LUCILA

- ALB. ¡Qué va á pasar aquí!
MER. ¡Dios mío!
AMB. (Por la puerta que conduce á la escena.) ¿Pero no te has vestido todavía, Floriana? ¡Que la pieza está terminandol
MER. Ni me he vestido, ni me visto: no puedo trabajar esta noche.

- AMB. ¿Eh? ¿Qué dices?
MER. Que mi marido está aquí: que me lleva á un palco á ver la función y ya comprenderá usted que no puedo estar al mismo tiempo en un palco y en la escena.
- AMB. ¡Dios mío! ¡Qué hago yo! ¡Con la función comenzada! ¡Con el teatro de bote en bote! ¡Esto es mi descrédito, mi ruina! Está ahí la plana mayor de Albacete; el alcalde, el elemento militar... Yo no puedo suspender la función; sería un escándalo; echarían abajo el teatro.
- MER. ¿Y qué quiere usted que le haga?
AMB. ¡Oh! Te aseguro que si no hay función esta noche...
- MER. Si estoy conforme; si es preciso que la haya; de otro modo dudaría mi marido de mí... si á mí me conviene.
- AMB. Pero...
MER. Nada: no hay más remedio: se hará la obra.
AMB. ¡Oh! ¡Querida Floriana!
MER. Sí; Virginia me sustituirá.
AMB. ¿Virginia? ¿Quién es Virginia?
MER. (A Virginia, que escucha aterrada.) ¡Virginia!
AMB. (Fijándose en ella.) ¡Horror!
MER. Es preciso que esta noche trabajes en mi lugar.
- VIR. ¡No! ¡Por favor! ¡Yo en la escena!!
AMB. Nos matarían á todos.
MER. Haciéndolo me salvas: es necesario que mi marido crea firmemente que tú eres Floriana. Va en ello mi tranquilidad y mi dicha.
- VIR. Pero...
AMB. ¡Imposible!!
ALB Virginia: se trata de salvar á Floriana: no puede usted dudar: yo en su caso no dudaría un momento. (Lucila, que ha entrado en escena por la derecha último término, se acerca á la puerta y escucha.)
- MER. No, Virginia; no puedes dudar. ¿Ves dudar á Alberto?
- VIR. ¡Cómo! Pero también Alberto...
MER. ¡Claro! Como ha dicho a Constantino que es el primer actor de la compañía, va á sacri-

- ficarse por mí y hará el papel de Roberto.
(Alberto queda sin habla.)
- LUC. ¡El! ¡El en la escena!! (Haciendo mutis.) ¡Oh!
¡Mi venganza ha de ser terrible! (Vase por el fondo.)
- ALB. ¿Pero hablas en serio?
MER. Y tanto.
- ALB. ¡Criatural!
MER. No hay más remedio.
ALB. ¿Pero estás loca? Yo no he representado nunca: además, aquí todo el mundo me conoce, sería un escándalo: el juez de Albacete haciendo papeles... ¡quita, mujer, quita!
- MER. ¡Te digo que no hay más remedio!
AMB. ¡Yo pierdo la cabeza!
MER. Como has de salir perfectamente disfrazado, nadie te reconocerá.
ALB. Pero...
MER. Te pones una barba postiza y el sombrero muy inclinado hacia la cara, y...
ALB. Pero mujer; puesto que se trata de caracterizarse, que sea el mismo Bermúdez quien haga su papel. Que se ponga todas las barbas que pueda; tú le dices al Conde que soy yo y en paz.
- AMB. ¡Eso!
MER. ¿Estás loco? Bermúdez es mucho más pequeño tú.
AMB. Puede ponerse unos tacones altos.
MER. ¿Y la voz? ¿Y el eco de la voz? Bermúdez tiene la voz atiplada y tú la tienes bronca, grave, ¡oh! de ninguna manera; no es tan fácil engañar á mi marido.
- ALB. ¿Pero no hay otro que me sustituya?
MER. No; todos trabajan.
ALB. ¿Y Gustavo?
AMB. Se ha marchado; no se sabe dónde está.
ALB. (Desesperado.) ¡Esto es horroroso! ¡Qué hacer!
¡A quién recurrir! (Entra Peláez por el fondo con un ramo de flores rojas.)

ESCENA XIV

MERCEDES, VIRGINIA, ALBERTO, AMBROSIO Y PELÁEZ

- PEL. (Empujando la puerta del cuarto.) ¿Se puede?
- ALB. ¡Ah! ¡¡Estamos salvados!!
- PEL. Traigo flores rojas, flores...
- ALB. ¡¡Peláez!! ¡Peláez de mi alma! ¡El cielo le envía!
- PEL. (Admirado.) ¿Eh?
- ALB. Va usted á hacerme el favor más grande de mi vida.
- PEL. ¿Con quién hay que casarse ahora? ¡Pronto!
- ALB. No es nada de eso: es necesario, absolutamente necesario que represente usted la obra en mi lugar.
- PEL. ¿Eh? ¿En su lugar? ¿La obra?...
- ALB. Voy á decirle el por qué.
- PEL. (vivamente.) ¡No! ¡No! No quiero saber el por qué. Eso no es de agradecido; usted manda y yo obedezco. Ha querido usted que me case con su antigua amante y he pedido su mano en el acto: ahora quiere usted que me haga cómico y me haré cómico. ¡Pronto! ¡Dónde! ¡Cuándo! ¡Cómo!
- MER. Aquí, señor Peláez, aquí mismo; en seguida, vamos, que la representación va á empezar.
- PEL. (Horrorizado.) ¿Aquí? ¿En Albacete?
- MER. Sí, es preciso; hace usted el papel principal de la obra.
- PEL. ¡Oh! Gracias, señor Pachón. Sólo á su brillante imaginación puede ocurrirse tan hermosa prueba. ¿Dónde está la escena?
- MER. (Sujetándole.) Espere usted, hombre.
- AMB. ¿Pero usted ha representado alguna vez?
- PEL. ¿Conoce usted la obra?
- PEL. ¿Yo? No la he visto nunca; yo no voy jamás al teatro.
- AMB. ¡¡Cómo!!
- MER. (A Ambrosio.) Eso no importa; mientras se viste le diremos cómo es su papel. Bermúdez le apuntará y procuraremos que la cla-

- que le sostenga. ¡Bravo, amigo Peláez! ¡Es usted sublime!
- PEL. No soy más que un agradecido. ¡Oh! Qué noche tan hermosa me espera: qué silba tan estrepitosa: qué rato tan amargo. ¡Gracias, don Alberto, gracias!
- AMB. No: no puede ser: de manera alguna. Mientras yo viva no comentaré semejante cosa. (Extrañeza general.)
- MER. ¿Eh?
- AMB. Ni pensarlo: mi reputación, mi crédito por los suelos. Señores: no es posible dar la función: que se suspenda: vale más mi crédito.
- PEL. ¡Caballero! Yo arriesgo más que usted, porque soy empleado público y, sin embargo, lo arrostro todo.
- AMB. ¡¡Imposible!!
- MER. Es preciso que haya función.
- ALB. Sí, es preciso.
- PEL. La habrá.
- AMB. ¡Nunca! Corro á suspenderla.
- PEL. (Deteniéndole) ¡Quieto aquí!
- AMB. ¡Suelte usted! (Entre Peláez, Alberto y Mercedes, sujetan á Ambrosio que forcejea.) ¡A mí! ¡Favor!
- ALB. ¡Silencio!
- MER. ¡Encerradlo aquí! (Encierran á Ambrosio en el gabinete en el momento que se escuchan aplausos dentro. Una voz gritará en la primera caja: ¡Que ha terminado la pieza: voy á empezar! Varios actores y maquinistas atravesarán la escena, corriendo, de izquierda á derecha. Doña Ceferina, del brazo de Constantino, entrará por el fondo cantando lo de siempre.)
- El lago azul
que tu cuerpo bañó.



ACTO TERCERO

Escena del teatro de Albacete. Está echado el telón de boca. A cada lado de este y bastante sesgadas, una platea proscenio

ESCENA PRIMERA

BERMÚDEZ

Al levantarse el telón suena dentro el segundo toque. La orquesta empieza á tocar pianísimamente una sinfonía. Bermúdez separa el telón por la derecha, sale á escena, llega hasta la concha del apuntador, hace una señal á la orquesta para que deje de tocar y dice al público titubeando y muy azarado

Respetable público... como indican los carteles repartidos profusamente por todo Albacete.. los dos artistas encargados de ejecutar los papeles de Brígida y Roberto en *Los últimos ultrajes*, son la inminente, la... digo... la eminente Floriana y el no menos Bermúdez.. es decir... Bueno: para un asunto concerniente á ellos estoy encargado de comunicar al respetable público que... (Voces en la galería. ¡Oh! ¡Oh!) Tranquilícense ustedes: trabajan esta noche. Lo que sucede es que ambos artistas han sido víctimas de un sensible accidente cuando regresaban de recorrer en carruaje los pintorescos arrecifes... arrabales... alrededores de esta... de esta

opípara... opulenta ciudad. Afortunadamente no han ocurrido más desgracias personales que la rotura de un eje y la quequé... pequé... perqué... perniquebradura de un muslo, digo de un mulo que se ha fracturado una mano. El susto padecido por ambos artistas ha sido de.. de los de tres en libra. Ambos han sido nerviosamente atacados. La sin par Floriana está desconocida: parece otra: pero como no obstante ello se empeña en representar su papel, suplico al respetable público, en su nombre, la mayor de las indulgencias. Y respecto á Bermúdez, ¿qué podré yo decir de esa estrella del arte? El gran Bermúdez, el colosal Bermúdez, impresionado por el vuelco y por la per ni-que-bra-dura del.. eje, ha perdido parte de su aplomo y de su memoria. Para los dos señores... digo, para los dos, señoras y señores, pido la más completa benevolencia. (Saluda y vase por donde entró. Aplausos en la galería. La orquesta continúa la sinfonía pianísima-mente.)

ESCENA II

MERCEDES, CEFERINA, CONSTANTINO y SÁNCHEZ. Luego el COMANDANTE. Los tres primeros entran en la platea proscenio de la derecha

- CONS. Llegamos á buena hora, por ventura. (A Ceferina.) Sentaos, señora. ¿Cómo proseguís?
- CEF. (Sentándose.) ¡Oh! Muy mal: todo me da vueltas.
- CONS. ¿Dónde quedó el doctor?
- CEF. Sin duda en el hotel.
- CONS. (A Mercedes que está escondida en el fondo del palco.) ¿Por qué os escondéis, esposa mía?
- MER. Como dicen que esta obra es tan inmoral...
- CONS. No haced mención de ello. Además en Albacete nadie os conoce. Sentaos aquí.
- CEF. Sí, mujer: tiene razón el Conde; siéntate aquí; no tengas miedo. (Mercedes se sienta en

primer término. En la platea de la izquierda entra Sánchez.)

CONS. Esperad: voy á buscar gemelos. (Vase. Cesa la sinfonía.)

CEF. Vamos: no tiembles de esa manera: va á conocer lo que te sucede.

MER. No puedo remediarlo, mamá. Muchas veces he sentido este temblor al levantarse el telón; pero como ahora, nunca.

CEF. Todo saldrá bien: no te apures.

MER. Pensar que toda esta pobre gente ha pagado su localidad por verme y van á tragarse á Virginia.

CEF. Y á Peláez, que todavía es peor.

MER. ¡Dios mío!

CEF. Puede que ni se den cuenta: es un público sano: fijate, ¿no ves? (Señalando la sala.) Contempla esas cabezas. ¡Ba!

CONS. (Entra en el palco con tres gemelos.) Aquí están. Ceferina y el Conde miran con gemelos al público y conversan de vez en vez.)

SAN. (A un espectador que entra en su platea.) ¡Querido Comandante!

COM. ¡Señor inspector! (saludos.) ¿Llego tarde?

SÁN. No, señor; el drama no ha comenzado aún. Han hecho la pieza; por cierto que bastante mal: no sé qué demonios ha sucedido.

COM. Es extraño.

SÁN. ¿Y cómo ha venido usted solo?

COM. Ahí verá usted: á mi mujer le ha parecido el título de la obra un poco alarmante. Esto de *Los últimos ultrajes* escamá á cualquiera, y por otra parte, como el padre Iturralde está haciendo esa campaña contra el teatro y ella es muy amiga del padre...

SÁN. Pues se pierde la gran noche.

COM. ¿Conoce usted la obra?

SÁN. Ya lo creo: como que asistí en Madrid á su estreno hace unos seis años... sí, justamente: cuando vine aquí de inspector.

COM. ¿Y es bonita?

SÁN. ¡Admirable! Tiene escenas magníficas: la escena del crimen es colosal. ¡Con decirle á usted que mi mujer se puso enfermal creí

- que se me moría en la butaca. ¡Oh! Es una de las impresiones más hermosas que he sentido en mi vida.
- COM. Lamento muy de veras que no haya venido Robustiana.
- SÁN. Esta Floriana es una maravilla.
- COM. Dicen que es una mujer espléndida.
- SÁN. No hay adjetivos para ella. Imagínese usted la mayor de las hermosuras y aún no llegará usted á la realidad. ¡Una gracia loca! Una figura delicadísima y luego una naturalidad que es un asombro. Indudablemente es lo mejor de España. (Saluda á alguien del público) Son los señores de Verdugo.
- COM. ¡Ah! Es verdad. (saluda también.) A quien no he visto es á nuestro amigo Pachón.
- SÁN. Vendrá: él no pierde función de teatro. (sueña el tercer toque.) ¡Ea! ¡Vamos á ver!
- COM. (Viendo el programa.) Acto primero: Las ruinas del castillo de Camprodón.
- SÁN. En este castillo es donde Roberto da la cita á Brigida y...
- COM. No me cuente usted nada del argumento.
- SÁN. Verá usted qué decoración tan bonita. La de Madrid era soberbia: toda llena de armaduras y panoplias enmohecidas; un salón inmenso con las paredes agrietadas, cubiertas de yedra: una chimenea colosal.
- VOZ (Dentro.) ¡Fuera de escena!
- SÁN. Vamos á ver.
- MER. (¡Dios mío!! ¡Qué va á pasar aquí!) (Se levanta el telón.)

ESCENA III

DICHOS y en la escena RAMIRO, NARCISO y ELENA

Al levantarse el telón, se ve un gabinete pintado de rojo con las paredes nuevecitas. En el fondo, dos puertas. Una de ellas está convertida en ventana por medio de un banco de madera colocado á guisa de barandilla. A la derecha, otra puerta en ochava. A la izquierda, en primer término, chimenea pequeña, un tanto modernista, y puerta á continuación. A través de las puertas del fondo, se

verá un telón rojo que quiere representar ruinas. Por ninguna parte se ven señales de antigüedad ni de deterioro. Cerca de la chimenea una silla de rejilla con un papel doblado sobre su asiento. En el centro de la escena habrá una pequeña roca de cartón, modesta nota, que si no da idea de antigüedad, por lo menos es un estorbo que hará reír. La escena aparece completamente desierta

- MER. (¡Jesús!)
- CEF. (¡Qué barbaridad!)
- SÁN. ¡Cómo! ¿Estas son las ruinas? (Indignado.)
¡¡Esto es vergonzoso!!
- COM. ¿Y para esto subvencionamos al teatro?
- SÁN. ¡Qué mamarracho!
- VOZ (En la galería.) ¡Silencio!
- RAM. (Asoma la cabeza por la ventana del fondo. Está en cuclillas detrás de la simulada ventana y se incorpora muy poco á poco, esforzándose en producir la ilusión de que lleva á cabo una ascensión peligrosísima y muy difícil. Pasa por encima del banco que hace de barandilla y entra en el salón. Después se asoma á la ventana y llama hacia fuera.) ¡Eh! ¡Por aquí! Subid por aquí, señorita Regina. (Aparece en la ventana la cabeza de Elena. Ramiro le tiende una mano.) Poned el pie en ese trozo de roca: así. ¿Está usted segura? ¡Arriba! (Elena se va enderezando poco á poco y ayudada por Ramiro salta dentro del salón. Tras ella sube, en igual forma, Narciso, que trae peluca blanca. Todos visten traje Luis XV.)
- ELENA Gracias, Marcial. (Asomándose á la ventana en el momento que Narciso sube.) ¡Valor, padre mío!
- NAR. (Saltando) ¡Uf! ¡Es horrible esta ascensión!
¡¡Pardiez!! ¿Pero á dónde nos habéis traído?
- RAM. (Sentenciosamente.) Estáis en el antiguo castillo de Camprodón.
- NAR. Sí, sí; ya lo veo. ¡Es hermoso todo esto!
- RAM. Estos muros agrietados y cubiertos de yedra que datan del siglo oncen; esta chimenea monumental donde se podría asar comodamente un buey entero, y esas colosales armaduras son los únicos restos que quedan de la famosa sala de guardias del castillo.
- NAR. ¡Ah! Es curiosísimo cuanto veo.
- ELENA (Que ha abierto la otra puerta del fondo.) ¡Ah! ¡Ve-

- nid! Venid á ver esto. Qué será este agujero tan espantoso...
- RAM. Son los calabozos subterráneos, Regina; sí, son los calabozos subterráneos del castillo. (Elena retrocede horrorizada. El agujero no lo ve nadie.)
- NAR. ¿Pero es posible? ¿Calabozos subterráneos en la sala de guardias?
- RAM. Los Camprodón' eran así, señor Duque; además, en aquel tiempo, era esa la moda. Los calabozos se abrían indistintamente, por todas partes, como hoy día se abren aquí y allá cómodas y alacena... cómodas alacenas.
- ELENA ¡Ah! Qué poético es todo esto. (Se asoma á la ventana.)
- RAM. (Bajo á Narciso.) Ahora escuchadme, señor Duque: Vos no ignoráis á quién pertenece todo esto.
- NAR. A nuestro amigo Roberto de Rendón.
- RAM. (Con terrible acento.) ¡Roberto de Rendón, nuestro amigo!! ¡Callad!
- ELENA (¿Qué están diciendo?) (Escucha.)
- RAM. Sabed, señor de Siete-iglesias, que Roberto Rendón, ese infame, ha tenido el atrevimiento de dar aquí una cita á la señorita de Rubin... ¡á Brígida! ¡á mi adorada Brígida!
- ELENA (¡El ama á Brígida! ¡Ah! (sin convencer á nadie.) ¡Sólo me resta ya una esperanza; morir!)
- SÁN. (Al Comandante.) ¡Qué mal lo hace esa mujer!
- NAR. Pero, ¿es posible?
- RAM. Ese hombre es capaz de todo, señor Duque. Dentro de una hora espera conseguir lo que su brutal pasión le dicta; pero... ¡ay! yo estoy aquí para impedirlo.
- NAR. Tened cuidado, Marcial; Roberto es atlético, hercúleo, invencible. Sus músculos son de acero, su fuerza es portentosa y su valor no reconoció igual.
- RAM. No importa: mucha es su fiereza, pero grande es también la mía.
- NAR. ¡Marcial!
- RAM. Un Pérez-Bravo no retrocede nunca.

- NAR. Ni un Rendón retrocedió jamás.
RAM. ¡Quién sabe!
NAR. ¡Ah! Me voy, me voy: no quiero presenciar tan terrible encuentro. (A Elena.) Vámonos, Regina; hija mía, Marcial nos alcanzará en breve.
ELENA (A Ramiro.) ¿Os quedáis?
RAM. Soy pronto con vos.
ELENA ¡Adiós, Marcial!
RAM. Adiós, Regina... (¡Quizá que para siempre!)
(Elena salta y desaparece rápidamente tras la decoración.)
NAR. ¡Baja con cuidado! El sendero está cortado á pico y puedes estrellarte. (Salta á su vez y desaparece poco á poco doblando las rodillas, etcétera, etc.) ¡¡Valor!!
RAM. (Cerrando la ventana.) ¡Cobardel ¡Y es padre, y es caballero! ¡Ah! ¡Ya no existe nuestra raza ni nuestro honor! ¿Quién anda por ahí? Oigo ruido de pasos sobre las losas. Sí, es él. ¡Ah! Nos veremos las caras, señor de Rendón. (Se cruza de brazos frente á la puerta y espera. Pausa.)
COM. (Consultando el programa.) Roberto Rendón: señor Bermúdez.
SÁN. Dicen que es el mejor galán joven de España.
RAM. (Mirando siempre á la puerta que permanece cerrada) ¡Nos veremos las caras, señor Rendón!
MER. (A Ceferina.) ¡Dios santo! ¡Peláez no entra á tiempo!
CEF. (¡La hecatombe!)
RAM. (A gritos.) ¡Nos veremos las caras, señor de Rendón!

ESCENA IV

MERCEDES, CEFERINA, CONSTANTINO, SÁNCHEZ y COMANDANTE, en el público. En escena RAMIRO y PELÁEZ. BERMÚDEZ, en la concha

(Se abre la puerta de la izquierda y entra Peláez. El traje Luis XV le sienta como un tiro y su figura resulta de una ridiculez alarman-)

te. Calza unas botas altas con espuelas y, á juzgar por la dificultad con que anda, deben hacerle un daño horrible. Entra lívido y falto de aliento. Durante la escena dirige, de vez en vez, miradas angustiosas y tristes al apuntador.)

PEL. (Con voz insegura.) ¿Usted aquí? (Da un paso en falso, trópieza y casi se cae.) ¿En mi casa?

RAM. ¿No me esperaba usted? (Peláez titubea y por último dice que no con la cabeza.) Lo sé todo, señor de Rendón; sé que pretende usted atentar contra el honor de la señorita de Rubin. Sé que ha jurado usted seducirla, como ha seducido á tantas otras desgraciadas. ¡Pérfido! (Peláez baja los ojos humildemente.) ¡Ah! No me importan, ni me amedrentan esas miradas iracundas y terribles que usted me dirige. No temo á usted, señor de Rendón: se lo digo fríamente. Mientras yo viva no tocará usted á esa joven. ¡Se lo prohibo! (Peláez calla.)

BER. (Desde la concha.) ¿Con qué derecho?

RAM. ¿Y me pregunta usted que con qué derecho? (Peláez mira á la concha y dice que sí con la cabeza.) Pues con el derecho que da el amor: porque yo la amo ¡la amo! ¿Lo oye usted bien? (Peláez retrocede un paso.) La amo con locura infinita, con veneración idólatra, con amor purísimo.

PEL. (Seriamente.) ¡Ah!

RAM. ¿Eh? ¿Sonríe usted?

PEL. (Esforzándose por reír pero sin que le salga.) ¡Ah!
¡Ah!

RAM. Usted no puede comprenderme, señor de Rendón: hay demasiadas bajezas en su alma.

BER. (Apuntando.) ¡Imprudente!

PEL. ¡Imprudente!

BER. ¡Podría matar á usted!

PEL. Podría matar á usted.

BER. ...un perro.

PEL. ¡Un perro!

BER. (Más alto, corrigiéndole.) ¡Como á un perro!

PEL. Como á un perro... eso... ¡Podría matar á usted como á un perro.

- COM. (A Sánchez) Este tío no sabe una palabra del papel.
- SÁN. No: lo hacen así para resultar más naturales; es la escuela moderna.
- RAM. He venido al castillo de Camprodón, para escupirle á usted á la cara; para decirle una vez más: Roberto Rendón: es usted un miserable. (Da un bofetón á Peláez, de los de tres en libra, como diría Bermúdez. Peláez, que no esperaba la acometida, casi pierde el equilibrio.)
- BER. (Apuntando) ¡Esto es ya demasiado!
- PEL. Eso digo yo. ¡Esto es ya demasiado!
- BER. (Idem.) ¡Esto es ya demasiado!
- PEL. (A Bermúdez.) Pero sí lo acabo de decir.
- BER. No importa; se repite otra vez.
- PEL. No importa; se repite otra vez.
- BER. ¡El revólver, señor Peláez! ¡El revólver!
- PEL. ¡Ah! (Busca su revólver haciéndose un lío. Lo encuentra y con todo género de precauciones y haciendo una mueca de terror, dispara. El tiro falla. Vuelve á tirar por segunda vez y falla igualmente. Desesperado entonces, queda con el brazo extendido, dirigiendo miradas suplicantes á Ramiro. Este no sabe qué decir ni qué hacer. Por último, Peláez, dice muy débilmente:) ¡Vaya! ¡Está usted muerto! (Ramiro se pone una mano en el corazón y cae al suelo. Peláez suspira como si le hubieran quitado un peso muy grande de encima.)
- BER. (En la concha.) ¡El cadáver!
- PEL. ¿Cómo haré desaparecer este cadáver?
- BER. ¡Ah!
- PEL. ¡Ah!... (A Bermúdez.) ¿qué más?
- BER. ¡Ah! ¡Los calabozos subterráneos! (Se acerca á Ramiro y lo arrastra con mucho trabajo hasta la puerta de la derecha.) ¡Por la puerta del fondo, Peláez! ¡La del fondo!
- PEL. (Abre la puerta de la derecha y deposita al otro lado á Ramiro.) ¡Pobre Marcial! ¡La bala ha debido partirle el corazón! (Cierra la puerta. En este momento se oyen unos golpes dados con las manos entre bastidores para imitar el galope de un caballo que se acerca.) ¡Ah! ¡El galope de un caballo! (Corre hacia la ventana con inmensa dificultad, la abre, se quita el sombrero y lee con gran seguridad

el papel, que coloca en el fondo del mismo.) ¡Brígida!
¡Ya era tiempo! ¡Ah! Ya sabía yo que vendría.

COM.

¡Vamos! Parece que se va animando.

PEL.

Se baja del caballo; lo ata á un árbol. ¡Ah! Dentro de unos minutos estará aquí: á mi lado. ¡Ah! ¡Brígida! ¡Brígida!! (se inclina sobre la ventana enviando besos al aire y haciendo señas. Entretanto Virginia penetra en escena por la puerta de la izquierda. Virginia trae puesto el traje de amazona de Mercedes; por todas partes le viene corto y estrecho. Su figura es tan ridícula que, Peláez con ser Peláez, resulta á su lado una especie de Petronio. Trae una fusta en la mano y al entrar queda junto al umbral rígida, inmóvil, como el comendador cuando se filtra por las paredes.)

ESCENA V

MERCEDES, CEFERINA, CONSTANTINO, SÁNCHEZ y COMANDANTE, en el público. PELÁEZ y VIRGINIA en la escena. BERMÚDEZ en la concha. ALBERTO en la última fila de butacas

(Constantino, al entrar Virginia en escena, aplaude calurosamente. El público de galerías, se burla de él.)

SÁN. ¡Qué atrocidad! ¡Como ha cambiado esta mujer!

COM. ¡Pero hombre: eso es un estafermo!

SÁN. Se conoce que ha debido correrla bien durante estos seis años.

PEL. (Mirando por la ventana y sin advertir que Virginia está ya en escena hace un rato.) ¡Ya me ha visto! ¡Ah! Me sonrío.

COM. (A Sánchez.) ¿Quién le sonrío? ¿El caballo?

PEL. ¡Dios mío! ¡Qué hermosa es!! El traje de amazona... (Virginia tose ligeramente para advertir á Peláez su presencia. Peláez, volviéndose rápidamente.) ¡Ah, vaya! ¡Estaba usted ahí! (Al volverse se le cae el sombrero y de él se desprende el papel en que leía. Recoge el sombrero y no el papel. Avanza hacia Virginia con la cara apuradísima.)

- VIR. (En voz baja.) ¿No prometí á usted que vendría? (Voces en la galería: «¡Más alto! ¡Que no se oye!» Virginia repite en tono más elevado.) ¿No prometí á usted que vendría?
- SÁN. Esta imita á la Guerrero; fíjese usted.
- PEL. ¡Ah, Brígida! ¡Qué feliz me hace usted! Pero siéntese aquí en el sofá. (Le ofrece la única silla que hay. Brígida se sienta sobre el pergamino que habrá en el asiento. A Bermúdez.) ¡Aligere usted! Yo la amo á usted con locura.
- BER. (Que no se entera.) Más alto.
- BER. Yo la amo á usted con locura.
- PEL. ¡Brígida! Yo la amo á usted con locura.
- VIR. ¿No oye usted una voz que le grita...?
- PEL. (Señalando á la concha.) Sí, que me grita, pero no entiendo una palabra; así es que no quiero escuchar nada, no quiero saber nada, acabemos; vâs á ser mía.
- VIR. ¡Que eso es del segundo acto!
- PEL. (Sin hacerle caso.) ¡Lo quiero! ¡Lo será!
- VIR. ¡¡Robertol! ¡Y mi Marcial?
- PEL. ¡Ah! ¡Tu Marcial! (Con risa nerviosa.) ¡Tu Marcial! ¡Quieres ver á tu Marcial! (Señala la puerta de la derecha.)
- SÁN. Verá usted qué efecto: ahora le enseña el cadáver.
- PEL. ¡Mira, mira, pobre mujer! (Abre la puerta y aparece Lucila, la mujer de Alberto Pachón, hecha una furia.) ¡Dios mío!

ESCENA VI

DICHOS y LUCILA

- LUC. No me esperaba usted, ¿verdad?
- PEL. (¡¡Doña Lucila!)
- LUC. (Al público.) Señores: vean ustedes hasta dónde llega la bajeza de un juez.
- CONS. (Aplaudiendo.) ¡Bravo!
- LUC. Y todo para engañar á un pobre señor ruso que es un idiota.
- CONS. ¡Bravo! ¡Bravo!

- LUC. Para engañar al conde de Kolbansow, el marido de la verdadera Floriana.
- CONS. (De pie en la platea.) ¡¡Dioses!!
- LUC. (Encarándose con Constantino.) Sí, ante todo el público lo digo. Vuestra esposa es la amante de Alberto Pachón, el juez de Albacete.
- CONS. (Saltando á la escena.) ¡Dónde! ¡Dónde está ese Pachón!
- LUC. ¡Helo aquí!
- ALB. (Desde las butacas.) ¡Falso! ¡Eso es falso! ¡Yo estoy en mi butaca!
- LUC. ¿Quién es usted entonces? (Arranca á Peláez la barba) ¡¡Peláez!!
- COM. ¡¡Peláez!!
- SÁN. ¡¡Es Peláez!! ¡Fuera!
- COM. ¡Fuera! (Voces en la galería: ¡Que baile Peláez! Que baile! A doña Ceferina le da el ataque.)
- MER. ¡Dios mío! (Sujetándola.)
- BER. (Saliendo de la concha.) ¡Abajo el telón! ¡Echar el telón! (Arrastra á Lucila hacia fuera.)
- COM. ¡Qué escándalo! ¡¡A la cárcel todos, señor inspector! ¡A la cárcel! (En medio de una inmensa algarabía cae rápidamente el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

El restaurant de la estación de Albacete. A la izquierda primer término, puerta que simula conducir á un comedocito reservado. A continuación vidrieras, por las que se ve una gran plaza, en cuyas proximidades está enclavado el teatro. En el fondo, mostrador y anaquelaría. A la derecha y á la izquierda puertas practicables. En el lateral derecha primer término, puerta con vidriera que da acceso al andén. En tercer termino, puerta que conduce á la sala de espera, según rótulo colocado sobre la vidriera. Mesas, sillas, banquetas, etc., completan la decoración. En las paredes anuncios diversos. Son las once de la noche.

ESCENA PRIMERA

JUANA, EVARISTO y GUSTAVO. Gustavo, tendido sobre una banqueta de la derecha, duerme á pierna suelta. Juana en el mostrador. Evaristo, mozo del restaurant, mira hacia fuera por la puerta del fondo

JUA. ¿Se oye algo ahora?

EVAR. No, nada; pero la gente sale del teatro como si hubiese terminado la función.

JUA. ¿Tan pronto? No es posible. Si es muy temprano.

EVAR. Desengañese usted, algo muy grave tiene que haber sucedido. A juzgar por el griterío y el escándalo... (Suena una campana en el andén)

GUS. (Revolviéndose en la banqueta, pero sin despertar.) ¡Fuera de escena! ¡Arriba el telón!

- EVAR. (Por Gustavo.) ¡Vaya una melopea que ha pescado el ciclista este! Yo creo que debemos despertarle, porque si pierde el tren cualquiera lo aguanta luego.
- JUA. Déjelo que duerma: si pierde el tren, hará más consumo mientras espera al siguiente; para eso estamos aquí.
- EVAR. Por mí...
- JUA. (Mirando por la cristalera.) ¡Calle! Ahí viene el señor Sánchez; el inspector de policía.
- EVAR. Y viene echando demonios.
- JUA. No hay duda, algo muy grave ha sucedido.

ESCENA II

JUANA, EVARISTO, GUSTAVO y SÁNCHEZ

- SÁN. (Por el fondo.) Buenas noches.
- JUA. ¿Qué ha sido eso, señor Sánchez?
- SÁN. ¡Oh! Un escándalo horroroso. ¡Horroroso! Haga usted el favor de indicarme un sitio cualquiera, una habitación que no sea esta, donde pueda instalarme y escribir tranquilamente. En el teatro hay tal revolución que es imposible hacerlo, y como tengo que interrogar á los artistas antes de que tomen el tren, he pensado que aquí mismo puedo llevarlo á cabo.
- JUA. Sí, señor.
- EVAR. ¿Y qué ha sucedido?
- SÁN. Pues que doña Lucila, la mujer del juez de primera instancia...
- EVAR. ¡No me hable usted de esa señora!
- JUA. ¿Ha hécho algo malo?
- SÁN. Ha salido á escena en plena representación y ha arrancado la barba á uno de los actores, creyendo que era su marido.
- JUA. ¡Jesús!
- EVAR. ¿Y lo era en efecto?
- SÁN. ¡Quiá! Pero si esto es lo asombroso, lo que me hace perder el juicio; que aquel actor no era tal actor, sino Paláez, el de la Tabacalera.

- JUA. ¡¡Peláez!!
EVAR. ¿Está usted loco?
SÁN El escándalo ha sido formidable: no ha quedado en el teatro títere con cabeza; gritos, voces, desmayos, carreras, ¡qué sé yo! Y excuso decir á usted qué compromiso para mí; yo no tengo más remedio que poner el hecho en conocimiento de la superioridad, y en este enredo va envuelto el nombre de un juez y el de un celoso empleado, y los dos son amigos míos. ¡No sé, no sé qué camino seguir!
- EVAR. Métale usted mano á la doña Lucila, hombre; á la jueza: apuesto la olla á que ella ha tenido la culpa de todo. Si eso no es una mujer, es un parche poroso: yo estuve seis meses en aquella casa y tuve que salirme por no énferrar del corazón. ¡Qué infierno!
- SÁN. ¿No se llevan bien?
EVAR. ¡Qué se van á llevar, hombre, si la arrastrá vieja no tiene término medio!
- SÁN. ¿Eh?
EVAR. O araña á su marido ó se pone de pegajosa como usted no tiene idea. (Campanillazos dentro.)
- JUA. ¡Ahí viene el señor Peláez!
SÁN. Lo celebroy. (Sale á su encuentro.)

ESCENA III

DICHOS y PELÁEZ

- PEL. (Por el fondo; anda con gran dificultad. Muy afligido.)
¡Buenas noches, amigo Sánchez. ¡Qué dirá usted mí!
- SÁN Pero, amigo Peláez, no vuelvo de mi asombro. ¿Es que ha perdido usted el juicio? ¿Qué ha hecho usted? ¿Cómo quiere usted que ahora eche yo tierra á este asunto?
- PEL. En lo que á mí respecta, no eche usted tierra ninguna, ¿lo oye usted bien? ¡Ninguna!
- SÁN. Ha quedado usted en evidencia delante de todo el mundo. ¡Usted! ¡Una persona tan

- formal! ¡Vamos, no comprendo cómo anda usted así! ¡Usted nunca anduvo como ahora!
- PEL. No señor; pero son las botas; es que aturdi-
do sin duda, me he puesto en vez de las
mías unas de Bermúdez y por lo visto tiene
el pie mucho más chico que yo y... sufro.
¡Ah! Pero sufro con mucha alegría. ¡Lo he
salvado!
- SÁN Bueno, amigo Peláez; esto no es aún el inte-
rogatorio oficial; pero necesito hacer á usted
algunas preguntas. ¿Por qué ha hecho usted
ésta noche ese papel?
- PEL. ¿El papel de Roberto?
- SÁN. No; el papel denigrante y ridículo de tomar
parte en farsa semejante.
- PEL. Todo se sabrá algún día. ¿Qué le pareció á
usted la señorita que trabajaba conmigo?
- SÁN Un estafermo; un camello.
- PEL. (Riendo.) Es mi novia, señor Sánchez.
- SÁN. (Confundido.) Su.. ¡Ah! Pido á usted mil per-
dones por mi ligera apreciación; sin duda
desde mi platea.. Sí; por lo visto, no me he
fijado bien.
- PEL. Sí; se ha fijado usted bien; tenga usted la
evidencia de ello.
- EVA. (Mirando hacia la derecha.) ¡Jesús! ¡Qué fan-
tasma!
- JUA. ¡Dios mío! ¡Qué mujer tan horrorosa!
- PEL. (A Evaristo y á Juana que sofocan la risa.) Es mi
novia. (A Sánchez.) Ahí tiene usted el ca-
mello.

ESCENA IV

DICHOS y VIRGINIA. Entra Virginia por el fondo, muy sofocada.
Viene que horroriza

- SÁN. (A Peláez.) ¿Quiere usted presentarme á ella?
Ya sabe usted que me entusiasman las mu-
jeres de teatro.
- PEL. Con mucho gusto. (Llamando.) ¡Virginia! (Vir-
ginia se acerca.) El señor Sánchez; inspector

de policía y admirador de usted; la señorita Virginia... ¡Caramba! Nunca me ha dicho usted su apellido.

VIR. Virginia Hermoso de Más...

PEL. (¡Y tan demás!)

VIR. Para servir á Dios y á usted.

SÁN. (se inclina y saluda.) (¡Lo que es á mí!) Me extraña que no conociera usted el apellido de su novia, amigo Peláez.

PEL. ¡Pchs! Eso le indica á usted que no me enamoré por el apellido.

VIR. ¿Y qué le he parecido á usted, caballero?

¿Ha presenciado usted la representación?

SÁN. Sí, señorita y no la olvidaré jamás; me ha parecido usted sencillamente encantadora.

PEL. (Sofocando la risa que le brota á borbotones.) Eso mismo me estaba diciendo al llegar usted.

VIR. Es usted muy amable; pero por una sola representación no se puede juzgar. Además, yo creía que el teatro era otra cosa más difícil, y como me encargué del papel... de improviso. Ya verá usted como otro día...

SÁN. (Horrorizado.) ¿Pero piensa usted volver á representar?

VIR. (Mirando á Peláez.) ¡Quién sabe! Si me lo permiten...

EVAR. (A Sánchez.) Señor Sánchez; está usted servido; en esta sala, (Por la derecha.) tiene usted luz y recado de escribir.

SÁN. Voy; voy ahora mismo. (A Virginia.) ¿Señorita? ¡Encantado! (Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA V

DICHOS, CEFERINA y MERCEDES

CEF. (Muy descompuesta.) ¡Qué lío! ¡Qué escándalo! ¡Jesús! ¡Es para perder la cabeza! ¡Yo me siento muy mal!

VIR. (Acercándose á Ceferina.) ¡Tía!

MER. Vamos; no te pongas así que ahora no hay nadie.

CEF. ¿Pero crees que lo hago fingiendo? Es que

- yo no tengo nervios más que cuando quiero? ¡Déjame! ¡Estoy excitadísima, descompuestísima. ¡Jesús! ¡Qué escándalo, Dios mío!
- MER. Después de todo, quién sabe si será para mejor. Puede que de todo esto resulte algo ventajoso para mí.
- CEF. Pero ¿y el Conde? ¿Qué dirá el Conde? De seguro querrá abandonarte, separarse de tí.
- MER. ¡Pch! Seré libre; eso voy ganando.
- VIR. Dices muy bien; una artista debe ser libre siempre. Ya siento con toda mi alma haberme comprometido con Peláez. (A Mercedes.) ¿Crees tú que Peláez permitirá que me dedique al teatro? ¡Oh! ¡Porque esta noche he perdido el miedo. ¡Quiero ser actriz!
- MER. Mira, déjame en paz; no me fastidies con tus estupideces. (La vuelve la espalda.)
- VIR. (A Peláez.) ¡Qué pronto nace la envidia, Peláez!
- PEL. ¿Eh?
- VIR. Desde que he tenido un éxito, veo que no son las mismas para mí. Usted no me envidia, ¿verdad? (Colgándose de su brazo.)
- PEL. ¿Yo? Yo no.
- VIR. Vamos á pasear por el andén, Peláez.
- PEL. Sí; vamos. (¡Con lo que me atormentan estas botas!) (Vanse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

JUANA, EVARISTO, GUSTAVO, CEFERINA, MERCEDES
y ALBERTO

Dentro se oyen murmullos que van aumentando, hasta que se perciben con claridad los gritos de ¡fuera! ¡dimisión! ¡abajo! ¡fuera! Todos los que están en escena excepto Gustavo que continúa durmiendo, se acercan á la cristalera de la derecha y se asoman á la puerta del fondo

- CEF. ¿Qué es eso?
- MER. ¿Eh?
- JUA. ¡Jesús! Está llena de gente la plaza.

- EVAR. Es una manifestación. (Voces dentro. ¡Fuera! ¡Que dimita!)
- CEF. No nos faltaba más que eso; un motín.
- MER. ¡Es contra Alberto!
- EVAR. ¡Es contra el señor Pachón!
- ALB. (Dentro.) ¡Serán ustedes complacidos; dimitiré con mucho gusto; me retiraré mañana mismo! (Silbidos dentro y gritos de ¡fuera! ¡fuera! Cesa el tumulto.)
- MER. ¡Jesús!
- ALB. (Por el fondo.) ¡Ya lo creo que me iré!
- MER. ¿Qué es eso, Alberto?
- ALB. Nada; que gracias á Peláez, no me han hecho en el teatro la ovación, pero me la han hecho en la calle. Quieren que me vaya; que renuncie al cargo, que deje de ser juez. Bueno; pues me iré con muchísimo gusto.
- CEF. ¿Ha visto usted á su esposa?
- ALB. No; no por Dios; no me la nombre siquiera.
- CEF. Está furiosa, furiosa; hablaba de suicidarse.
- ALB. ¿Eh?
- CEF. Tranquilícese usted; he logrado quitarle esa idea de la cabeza.
- ALB. ¡Señora! ¡Qué ha hecho usted! Haberla dejado; ¿no comprende usted que seré yo el que tendrá que apelar al suicidio antes de hacer las paces? (A Mercedes.) ¿Y tú, has tenido alguna explicación con el Conde?
- MER. No; pero la tendré muy pronto, en seguida; necesito que esta situación termine de una vez. Precisa una solución inmediata.
- CEF. Ahí le tienes.
- MER. ¿Eh? ¿Viene? Pues me voy; no quiero que suponga que le estaba aguardando. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

JUANA, EVARISTO, GUSTAVO, CEFERINA, ALBERTO
y CONSTANTINO

- CEF. (Bajo á Alberto.) Pongo en conocimiento de usted que el Conde de Kolbansow, viene buscándole.

- ALB. ¿A mí? ¿Para qué?
CEF. No sé. . . creo que para matarle.
ALB. ¡Caramba! Es una gran idea.
CEF. Cree que usted ha sido amante de Floriana.
ALB. ¡Demonio!
CEF. Ahí está: muchá prudencia. (Entra Constantino por el fondo. Alberto se hace el distraído.)
CONS. ¡Por fin! (Se acerca á Alberto y le pone una mano en un hombro.) ¡Pachón!
ALB. Usted dirá.
CONS. Ardo en cien iras contra vos.
CEF. ¡Dios mío!
CONS. (A Ceferina.) Señora: yo llevaré á la Condesa á mis dominios de Rusia y la haré azotar.
CEF. (Asustada.) No. usted no hará eso; ¡pobre hija mía! ¡Jesús! (Hace mutis por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

JUANA, EVARISTO, GUSTAVO, ALBERTO y CONSTANTINO

- CONS. En cuanto á vos... Vos vendréis también á Rusia.
ALB. ¿Yo? ¿A Rusia? Pero...
CONS. No me interrumpais: ahora hablo yo: cuando yo hablo, no consiento ¡vive Dios! que nadie me interrumpa. ¿Cómo os llamis?
ALB. Alberto.
CONS. ¿Y vuestro padre?
ALB. Tan bueno: muchas gracias.
CONS. Pregunto su nombre.
ALB. ¡Ah! Alberto, como yo.
CONS. Pues bien, Alberto... Albertiewith...
ALB. Mi abuela se llamaba Micaela.
CONS. ¡Basta! ¡Albertiewith! Aquí no puedo mataros: estoy desterrado de España: pero nos batiremos en Rusia.
ALB. ¡Al instante!
CONS. ¿Rehusais?
ALB. Naturalmente, hombre: en otras condiciones no rehusaría el lance; pero gastar seis mil kilómetros y mil pesetas para que usted me

dé una estocada, me parece una primada muy grande.

CONS. ¿Mil pesetas decis?

ALB. La ida y la vuelta.

CONS. La vuelta de vuestro cadáver.

ALB. ¡Claro! De mi cadáver: si es que no resulta usted luego antropófago y me ahorra la vuelta. Mire usted, señor Conde; para que vea usted que tengo vivos deseos de complacerle, he de seguir otro procedimiento. Puesto que sufre usted condena de destierro y yo tengo buenas y valiosas influencias en Madrid, espero conseguir cuanto antes su indulto.

CONS. ¡Oh!

ALB. Y de ese modo...

CONS. Podré mataros en España.

ALB. ¡Claro está, hombre! ¡Encantado! ¡Ah! No le extrañe que el indulto tarde unos días; los trámites de estos asuntos son siempre algo pesados y hay que esperar.

CONS. (A Evaristo, dándole un billete.) Tomadme un billete para Madrid: clase primera. (Evaristo sale.)

ESCENA IX

DICHOS Y LUCILA

LUC. (Por el fondo.) ¡Ah! ¡Bien me lo decía el corazón! Aquí esta.

ALB. ¡Anda! ¡Mi niñera!

LUC. ¿Qué hace usted aquí, caballero?

ALB. Pues ya lo ves; hablando con este señor que me tiene que matar un día de estos.

LUC. ¿A tí? ¿Matarte á tí? ¿Pero por qué?

ALB. ¿Ahora lo preguntas? ¿No has dicho delante de todo el mundo que soy el amante de su mujer?

LUC. Pero es que... yo estaba equivocada: yo...

CONS. Señora; cuando una especie tal se lanza, donde vos la lanzásteis, por fuerza que ha de ser verdad.

- LUC. Pero...
- CONS. Vuestro marido morirá á mis manos.
- LUC. ¡Dios mío!
- ALB. Mira; mira lo que has conseguido con tus celos ridículos.
- LUC. ¡Oh! Aquello fué una broma, señor Conde; una locura; cuanto dije fué falso; falso.
- CONS. Vuestro marido, señora, morirá á mis manos.
- ALB. Sin duda ninguna, señor Conde, me dejaré matar. (Se inclina y se dirige hacia el fondo, haciendo mutis.) ¡Sí, sí; como no mate á otro Albertiewich, lo que toca á este cura, estás fresco!) (Vase.)
- LUC. Señor Conde: yo he mentido: mi Alberto no tiene nada que ver con su esposa de usted. No es posible que se hayan visto en ninguna parte, créalo usted. Hace cuatro años que no salimos de Albacete.
- CONS. ¿Cuatro años?
- LUC. Se lo juro: cuatro años. ¡Dios mío! (Se sienta sollozando.) ¡Y tendré yo la culpa! ¡Pobre de mí!
- CONS. ¿Cuatro años? ¿Y la Condesa ha permanecido seis en Rusia? ¡Cielos!
- EVAR. Aquí tiene usted su billete.
- CONS. (A Evaristo.) De modo que, según eso... esas relaciones datan de antes de mi casamiento.
- EVAR. No le puedo decir á usted, caballero. (Retírase.)
- CONS. Sí; ¡desde antes de mi casamiento! ¡Oh! ¡Le mataré, vive Dios! ¡Le mataré! (Se dirige al mostrador y bebe cualquier cosa que se hace servir allí mismo.)

ESCENA X

DICHOS y PELÁEZ. Luego AMBROSIO

- PEL. (Por la puerta que conduce al andén) No puedo más. (Viene cojeando y viendo las estrellas.)
- LUC. ¡Peláez! ¡Ah! Peláez le salvará. (Se levanta y corre hacia él.) Amigo Peláez: llega usted á tiempo.

- PEL. Pues es raro: porque con estas botas..
LUC. Alberto, mi marido, vuestro bienhechor, corre un gran peligro.
- PEL. (Frotándose las manos.) ¡Mejor! ¡Me alegro!
LUC. ¿Eh?
PEL. Sí: me alegro; así podré sacrificarme por él, cien veces, mil veces. ¡Todo por él!
- AMB. (Por el fondo. Al ver á Peláez se dirige á él descompuesto y colérico.) ¡Ah, canalla!
PEL. ¿Eh?
AMB. Hasta ahora mismo no me han abierto: he enronquecido á fuerza de gritar: creí que me dejaban allí para siempre.
- PEL. Crea usted que yo...
AMB. ¡Acabo de saber el escándalo! Han devuelto el importe de las localidades. Esto es mi ruina y mi descrédito. ¡Yo necesito matar á alguien! ¡Mi reputación por el suelo!
- PEL. Mire usted: el que más y el que menos ha perdido la suya y la mía vale más que la de usted porque yo no soy yo: yo soy la Tabacalera. (A Lucila.) Venga usted, doña Lucila: explíqueme usted; aquí nos dejarán tranquilos. Hay que salvar á don Alberto, cueste lo que cueste.
- LUC. Corramos.
PEL. No: correr no: todo menos eso. (Mutis por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XI

JUANA, EVARISTO, GUSTAVO, CONSTANTINO y AMBROSIO

- AMB. ¡Han devuelto el dinero! ¡El dinero que ya estaba en taquilla! ¡Esa Florianal!...
- CONS. ¡Ah! El doctor. (Se dirige á él.)
AMB. ¡¡El marido!! (Encarándose con Constantino.) Tenía muchísimos deseos de decir á usted cuatro frescas, señor Conde de... eso, de lo que sea.
- CONS. ¿Eh? ¡Decid, doctor!
AMB. Pues le digo á usted, que ni soy doctor, ni

- quiero serlo, ni me hace maldita la falta, ¿se entera usted?
- CONS. ¡Dioses!
- AMB. ¡Estoy de farsas hasta aquí! (Golpeándose la cabeza.) Soy el director y el empresario de la compañía dramática en que figura Floriana como primera actriz... y por causa de usted he perdido esta noche mi dinero y mi crédito, y me reintegrará usted por buenas ó por malas.
- CONS. Pero...
- AMB. Por buenas ó por malas.
- CONS. ¡Reportaos! (Campanillazos en el andén.)
- AMB. Pues tendría que ver.
- GUS. (Incorporándose.) ¡¡Fuera de escena!
- CONS. ¡El policía! ¡Ahora despierta!
- AMB. Si no me indemniza usted, lo ahogo.
- CONS. Si proseguís amenazándome os entrego á la policía. (Indicando á Gustavo.)
- AMB. ¿A ese? (Riendo.) Cuando yo digo que es usted tonto.
- CONS. ¿Eh?
- AMB. Éste es un actor de mi compañía que le ha tomado á usted el pelo, hombre.
- CONS. ¡Cielos! ¡Se han burlado de mí! ¡De un ruso!
- AMB. Usted no es ruso, hombre: usted es un chaleco de fantasía.
- CONS. ¡¡Tchort!! ¡¡Vormi!!

ESCENA XII

DICHOS y SÁNCHEZ

- SÁN. (Por la derecha. Trae unos papeles en la mano.) Conde de Kolbansow: ¿me hace usted el favor? Soy el inspector de policía. (Constantino le mira y le vuelve la espalda.)
- GUS. (Por lo visto me envían refuerzos.)
- SÁN. ¿No me ha oído usted? Soy el inspector de policía.
- GUS. (Bajo á Sánchez.) Duro con él.
- CONS. (Despreciativamente.) No os molestéis; estoy en el secreto.

- SÁN. ¿Eh?
CONS. ¡¡Cómico!!
GUS. (A Sánchez, que no sale de su asombro.) No te achiques: adelante.
- SÁN. (Fijándose en Gustavo.) ¿Eh?
CONS. A vos y á vuestro agente, (Por Gustavo.) haré saber quién soy.
- SÁN. ¡Caballero! Vea usted mi enseña. (Saca del bolsillo un bastoncito pequeño.)
GUS. ¡Muy bien! ¡Duro! ¡Duro!
CONS. (Despectivamente.) ¡¡Cómicos!!
GUS. (A Sánchez, por lo bajo) Háblale alto: en seguida te ofrecerá dinero.
- SÁN. ¿A mí? ¿Qué dice usted?
GUS. ¡Caramba! Es un gran actor este hombre. (Acercándose á Ambrosio y diciéndole por lo bajo.) ¡Qué bien lo hace!
- SÁN. (Aquí hay gato encerrado.) (A Gustavo.) A ver: ¿es usted agente de policía, como decía este señor?
- GUS. ¡Qué pregunta! ¿No lo sabes muy bien? (Haciéndole señas de que está Constantino delante.)
- SÁN. Enséñeme usted su credencial: su distintivo...
- GUS. Vamos, hombre, no seas bruto.
- SÁN. ¿Eh? Venga usted conmigo.
- AMB. Señor inspector: yo explicaré á usted lo que sucede.
- SÁN. Pues venga usted también. (Mutis por la derecha.)
- GUS. ¿Eh? ¿Pero es inspector? Pero... ¡Caramba: haberlo advertido, hombre! Yo creí que.. (Vase tras Ambrosio, por la derecha.)

ESCENA XIII

JUANA, EVARISTO, CONSTANTINO y MERCEDES

- EVAR. (Acercándose á Constantino.) Caballero: vuestro tren está ahí: es necesario que atravesese usted la vía.
- CONS. Sí: voy: gracias. (Ruido del tren que llega. Constantino paga y se dirige á la sala de espera en el mo-

- mento que entra en escena Mercedes.) ¡La condesa!
(Se detiene.)
- MER. (Muy cortada.) ¡¡El!!
- CONS. ¡Perjura!... ¡¡Cómica!!!
- MER. (¡Dios mío!)
- CONS. No sé cómo no os hago azotar aquí mesmo.
- MER. Puedes hacer de mí lo que quieras: no me opongo á tus designios por bárbaros y crueles que sean: pero lo que no te consiento, ni un sólo instante, ¡oyelo bien! ni un sólo instante, es que dudes de mi fidelidad y de mi honradez. Yo no he sido jamás la amante de Alberto Páchón.
- CONS. ¡Mentís!
- MER. Te digo la verdad: lo juro. Ahora... dispón de mí; tuya soy. Si has formado de mí tan bajo concepto... vete, déjame: nos separaremos para siempre, ¡para siempre!... aunque yo me muera de pesar. (Llora.)
- CONS. Sí: decís bien: nos separaremos para siempre.
- EVAR. (A Constantino.) Dese usted prisa, caballero: el tren ha llegado.
- CONS. ¡Que espere! (Acercándose á Mercedes.) ¡Para siempre!
- MER. Es lo mejor: y no creas que lloro porque lo siento: es que al fin y al cabo... cuando se ha vivido seis años con un oso...
- CONS. ¿Con un oso?
- MER. Quiero decir contigo.
- CONS. ¡Ah!
- MER. Acaba una por tomar cariño al pobre animal.
- CONS. Y el pobre animal por su parte...
- EVAR. Que se va el tren, caballero, que no espera más que un minuto.
- CONS. ¡Pues vaya en buen hora! (A Mercedes.) Mercedes! ¡Condesa! Haré por vos la más crasa de las malandrinas. Olvidaré que habéis sido cómica. Partamos á Rusia.
- MER. (Disimulando su alegría.) No, Constantino, no, seríamos muy desgraciados: tú no olvidarías nunca estas cosas; no me perdonarías como yo quiero que me perdones, con ese perdón

que nace en lo más hondo del alma y que al salir arroja fuera de ella todas las dudas y todos los malos recuerdos. Además, dejar para siempre esta vida, abandonar el teatro para siempre...

CONS. ¡Condesa! Yo os haré un teatro en nuestra casa, trabajaréis para mí.

MER. ¡Para tí!

CONS. Para nuestros amigos.

MER. ¡Los amigos! ¡Oh! No es lo mismo, eso no satisface, no...

CONS. ¡Condesa! Os permito que vengais á trabajar á España de cuándo en cuándo.

MER. ¡De cuándo en cuándo! Eso es muy poco concreto.

CONS. ¡Condesa! Voy á deciros mi última malandrada: os permito que trabajéis en España todo el tiempo que queráis.

MER. ¡Cómo! ¿Tú? ¿Tu harás eso?

CONS. Viviremos en Madrid.

MER. Pero, ¿y tus minas?

CONS. Las venderé.

MER. ¿Y tu cargo en la corte?

CONS. Dimitiré.

MER. ¿Harás todo eso por mí?

CONS. Te lo juro.

MER. (saltando á su cuello y abrazándole loca de alegría.) No, no, Constantino mío, no; no te lo consiento. Ahora comprendo la magnitud de tu cariño y la hermosura de tu alma. No, no quiero que te sacrifiques por mí; yo renunciaré al teatro, á todo, por tí, por mi Constantino.

CONS. ¡¡Mercedes!! (Quedan abrazados. Ruido del tren que sale.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, CEFERINA, VIRGINIA, LUCILA, PELÁEZ, ALBERTO, GUSTAVO, AMBROSIO y SÁNCHEZ

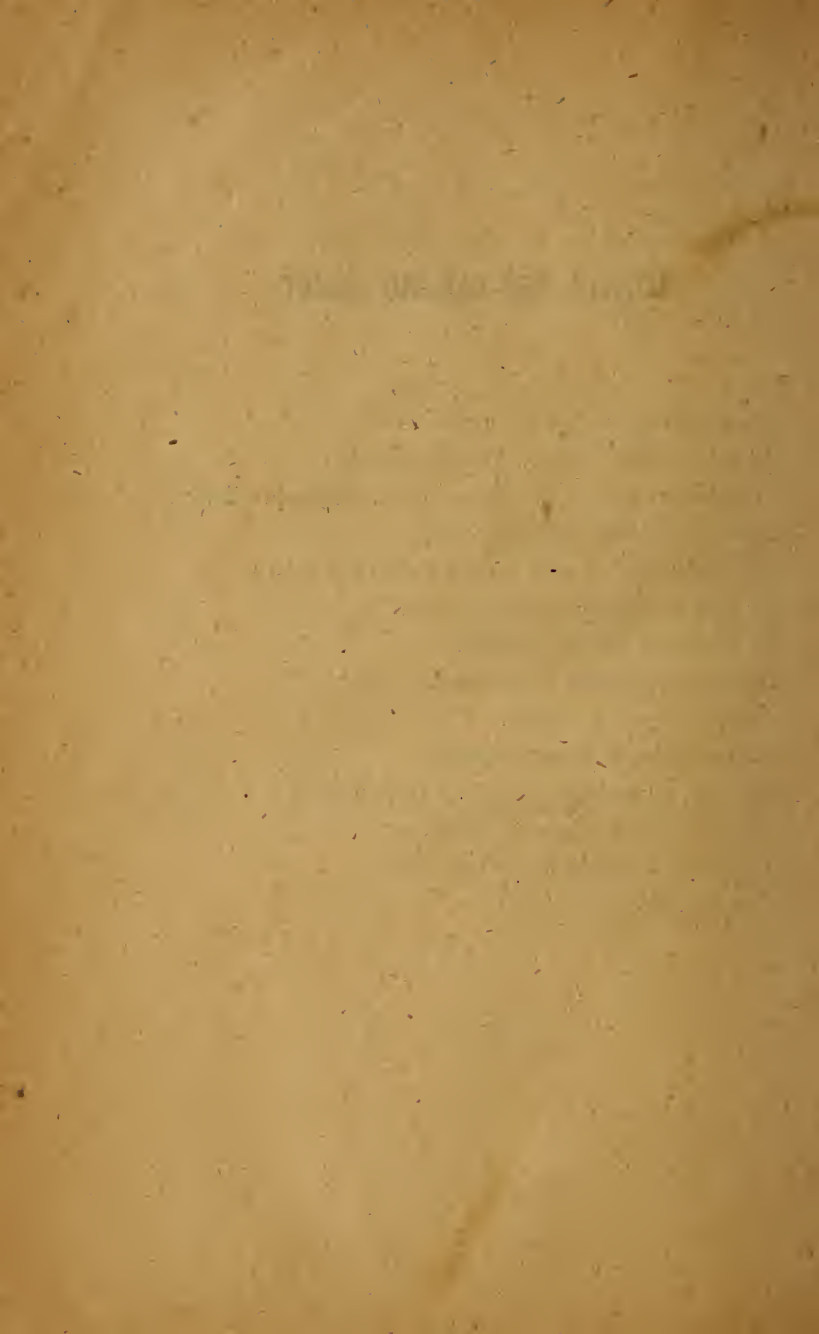
CEF. ¡Ah! ¡Abrazados! ¡Abrazados! (A Alberto que entra por el fondo.) Vea usted: han hecho las paces.

- CONS. ¡Alberto Albertiewich! Vuestra mano.
ALB. (Estrechando la mano del Conde.) ¡Señor Conde!
(A Sánchez que entra por la derecha.) Señor Sánchez, acabo de presentar mi dimisión. No se ocupe usted más de este asunto; vengo del Gobierno y todo está arreglado. Pueden ustedes partir tranquilamente.
- PEL. (Con Lucila.) Señores: escuchad todos. (Expectación.) Voy á aclararlo todo; ya es hora de que todo el mundo sepa la verdad.
- ALB. ¿Eh?
PEL. Señor Conde: don Alberto Pachón no ha sido ni es el amante de vuestra esposa. El amante de vuestra esposa... soy yo.
- CONS. ¡Miserable! (Le abofetea.)
VIR. ¡Dios mío!
PEL. Más fuerte, pégueme más fuerte. Hace cuatro años que no me separo de vuestra esposa.
- CONS. Hace seis que no se separa de mí... ¡belitre!
PEL. Entonces... la habré confundido con otra. (Risas.)
- ALB. Señor Peláez: ¿está usted decidido á serme agradable?
PEL. Sí, señor.
ALB. ¿Quiere usted hacerme un favor inmenso?
PEL. Sí, señor.
ALB. Bueno, pues... déjeme usted en paz. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras del mismo autor

- Las guerreras*, juguete cómico-lírico.
El contrabando, sainete. (Tercera edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete lírico.
El contrabando, sainete lírico. (Tercera edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico.
El triunfo de Venus, zarzuela.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa.
Las tres cosas de Jerez, zarzuela.
El lagar, zarzuela en un acto y tres cuadros
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico.
Floriana, juguete cómico.



Precio: DOS pesetas